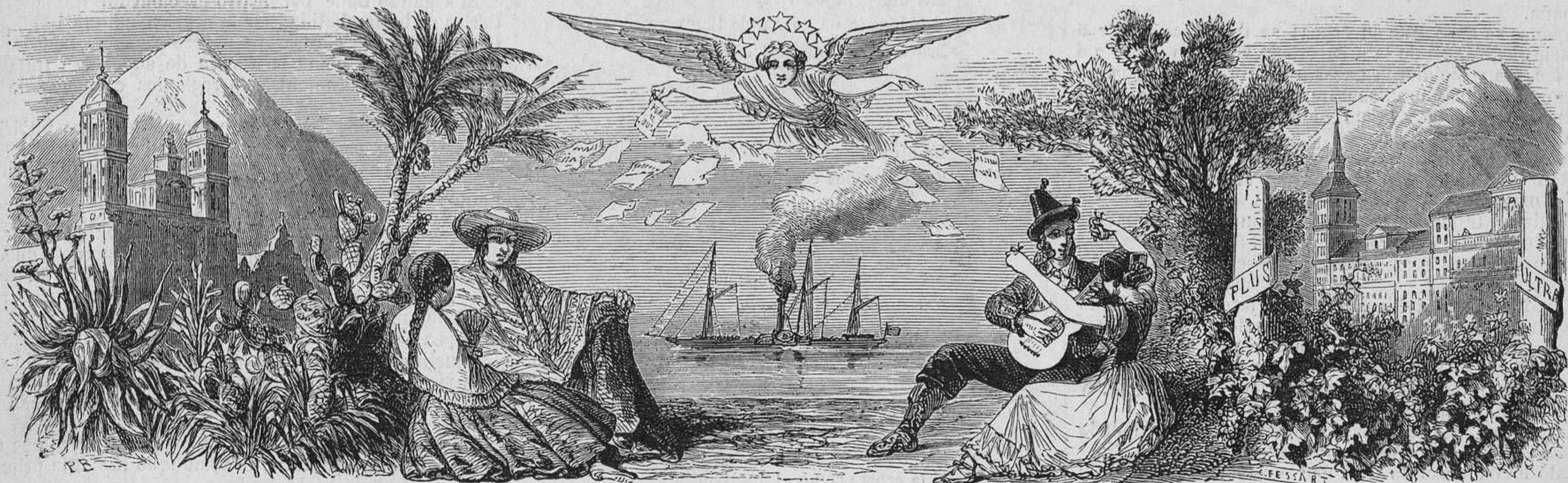


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — Tomo XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 954.

Administracion general, passage Saulnier, numero 4, en Paris.

SUMARIO.

Revista española. — Las cañoneras de la Commune en el Atajo del Puente Nuevo; grabado. — Fiesco. — La guerra civil: Avanzada de guardias nacionales en el ferro-carril de Sceaux; grabado. — El incendio de la guillotina; grabado. — Revista de Paris. — Memorandum. — El bombardeo de Mezieres; grabados. — Una expedicion á San Miguel del Fay, por Victor Balaguer. — El alquimista del siglo XIX. — Las cercanias de Paris despues del sitio; grabado. — Bernabé Rudge. — La plaza de la iglesia de Mezieres despues del bombardeo; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado. — Las baterias prusianas de Chatillon: Bateria de las Torres de Crouy; grabado.

Revista Española.

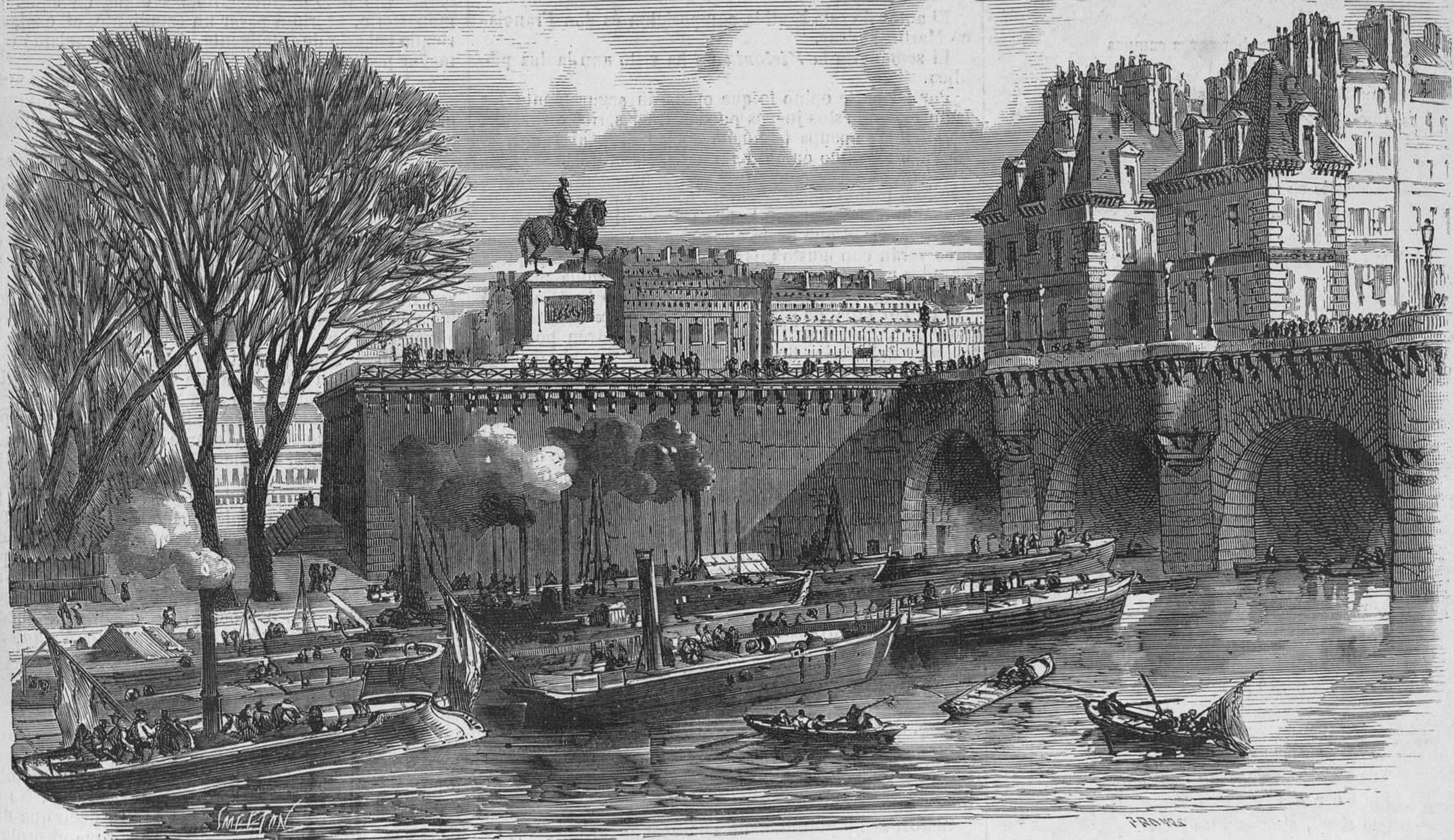
Cuadros lastimosos. — Las elecciones. — La oposicion femenina. — Mantillas y peinetas. — Noticia de todas las obras dramáticas estrenadas en marzo.

Triste sin duda alguna es la situacion de Francia despues de la dolorosa guerra que ha sufrido; pero aunque nosotros no tenemos á los prusianos encima, la verdad

es, acá para entre nosotros, que no es mas lisonjero el espectáculo que á todas horas nos brinda España.

Y no me ocuparé de la política; pero la política introduciéndose en el seno de la familia, saturando las costumbres y los actos de la vida privada con su aliento mofético, produce perturbaciones sin cuento y da lugar á sucesos que no pueden menos de formar parte de una crónica.

Figúrense Vds. que el mes de marzo nos ha regalado el espectáculo de unas elecciones de diputados, y que estas elecciones han ocasionado muertes, heridas, disgustos entre las familias y otra multitud de desdichas.



LA GUERRA CIVIL. — Las cañoneras de la Commune en el atajo del Puente Nuevo.

¡Qué campo tan espacioso para una revista, si como debiera, describiese los efectos que estas catástrofes han producido en la vida privada!

Pero no haré tal: el cuadro sería doloroso y arrancaría lágrimas de los ojos de mis lectoras.

La verdad es, digan lo que quieran los periódicos afectos al gobierno, que sin inspirar odio ni mucho menos, la mayoría de los españoles no pueden acostumbrarse á la idea de que Don Amadeo de Saboya reine en España.

Apenas se supo que su esposa se disponía á venir á Madrid, las damas de la aristocracia vistieron de luto á sus lacayos y decidieron hacer una protesta de españolismo, abandonando el sombrero francés por la antigua mantilla española y la no menos antigua peineta de teja.

Doña María Victoria, á quien los ministeriales llaman la Reina, entró en Madrid con gran solemnidad el día 19 de marzo.

Vestía un traje azul, y desde entonces las damas de la aristocracia desterraron este color.

Al mismo tiempo salieron al paseo con la mantilla y la peineta.

Tanto disgustó á los amigos officiosos del gobierno esta manifestacion, que algunos de ellos, para castigar á las damas, alquilaron dos lujosas carretelas, adornaron con la peineta y la mantilla á seis ú ocho mujeres de esas desgraciadas que viven sumidas en el vicio, y las dirigieron al paseo.

Las damas emigraron y comenzó una apasionada pugna entre la nobleza y los ministeriales.

Esto ha dado asunto á las conversaciones, alejando de los paseos á las personas tranquilas, que temían á cada instante las consecuencias de un choque.

Con motivo de la cuaresma ha habido escasas recepciones en el gran mundo. En cambio, los templos han estado llenos de fieles y los oradores sagrados han hecho prodigios para atraer á la religion á los vacilantes y apáticos.

Que la política ha invadido el tocador de las damas, como decia al principio, pruébanlo tres periódicos consagrados al bello sexo, que han comenzado á ver la luz.

Titúlase el primero *Victoria*, y viene á ser el órgano de las señoras que aceptan la nueva dinastía.

El segundo lleva por nombre la *Flor de Lis*, y su mision es dar á conocer los deseos de las damas que anhelan ver en el trono al joven Don Alfonso, hijo de Doña Isabel de Borbon.

Este periódico es eco de algunos salones aristocráticos, en donde aunque está prohibido hablar de política, las señoras y los caballeros se adornan con flores de lis.

El tercer periódico se titula la *Margarita*, y dicho se está con esto que representa las aspiraciones de las señoras carlistas, que son muchas en España.

Lleva este semanario al frente una viñeta, que es el retrato de la esposa de Don Carlos de Borbon.

Entre los tres realizarán una entretenida batalla de damas.

Como en mi anterior revista reproduje una composicion dedicada al príncipe Don Alfonso, para dar una idea de los sentimientos que inspira á sus adeptos Doña Margarita, voy á copiar los versos dedicados á esta princesa que aparecen en el primer número del periódico que lleva su nombre. Titúlase *Flor de siempre* y dicen así:

« Crece en los hermosos campos
De la dulce patria mia
Una flor, la mas modesta
Que el manso viento acaricia.

Mécese su erguido tallo,
No por ensalzarse altiva,
Sino para ver el cielo
Y recibir sus sonrisas.

Blanca diadema de perlas
Sus pétalos simbolizan,
Y un broche de oro en el centro
Del sol á los rayos brilla.

¡ Bendita flor que asi hermana
Humildad y gallardía!
Violeta que no se oculta,
Sino que á los cielos mira.

Dios la arrojó en nuestros campos,
Prendió en ellos su semilla,
Y sin ajenos cuidados
Por todas partes germina.

Ella engalana los valles
Ella viste las colinas,
Sin tener mas jardinero
Que el sol, el agua y las brisas.

Aunque manos despiadadas
Pretendieran destruirla,
Por cada flor que arrancasen
Veinte nuevas brotarían.

Pues quiso Dios que en mi patria
Esa flor perenne viva,
Y habiendo un palmo de tierra
Brotará una *Margarita*.

Así tambien el recuerdo
De otra flor aun mas querida,
En los pechos españoles
Con el corazon palpita.

Otra flor del mismo nombre,
Mas modesta todavía,
Que tambien lleva la frente
Con diadema guarnecida.

Dios la formó para España
Que lejos de ella agoniza,
Y la espera como al ángel
Que ha de cerrar sus heridas.

Ella reina en las montañas,
Ella en los valles domina,
Respétanla en los palacios,
Bendícenla en las campiñas.

Aunque arrancar un recuerdo
Pretendan manos impías,
No podrán, como no arranquen
Con el recuerdo la vida.

¡ Bendita flor, cuya imagen
Al que sufre fortifica,
Y en quien las almas cristianas
Cuanto hay grande simbolizan!

¡ Bendita tambien mil veces,
Bendita la patria mia!
¡ Mientras tenga un pecho honrado
Latirá por MARGARITA! »

El autor de esta sentida composicion es don Francisco Martin Melgar.

El semanario la *Victoria* no ha visto aun la luz pública.

Por mi parte opino lo que opinarán seguramente los lectores, que estos juegos pueden traer serios disgustos. De ellos se ocupa la buena sociedad, y al referirlos no hago mas que cumplir mi deber de cronista.

Pasaré ahora á ocuparme de las novedades teatrales que han tenido lugar desde mi última revista.

Dando como siempre la preferencia al *Teatro Español*, por ser el que hasta ahora rinde mas culto al arte, creo verán con gusto mis lectores les refiera, aunque á grandes rasgos el bello asunto de la aplaudida produccion del señor Blasco, *No la hagas y no la temas*, de la que por falta de espacio en mi anterior revista, solo pude anunciarles su lisonjero éxito. El joven poeta, el creador del género bufo en España, ha variado firme y decididamente de rumbo y de escuela. Entre la gloria y el dinero, el señor Blasco se ha inclinado á la primera: entre la especulacion y el arte se ha decidido por el segundo. Animado por el éxito de su anterior comedia *el Pañuelo blanco*, en la que ahora me ocupo, se declara el señor Blasco decidido partidario del mas extremado realismo, permitiéndose todos los atrevimientos imaginables.

Figúrense mis lectores que el aplaudido poeta empieza por introducir al espectador en la alcoba de una joven á quien presenta castamente dormida en el lecho conyugal. Una doncella vela su sueño, porque la joven esposa está algo enferma. Son las tres de la mañana y á una hora tan avanzada llega Carlos, su esposo, que ha pasado la noche en una orgía. Presa de los terribles remordimientos, el infiel marido contempla cabizbajo á la pura niña á quien olvida y abandona por correr en pos de otras despreciables mujeres; pero en aquel momento, Geneveva da una vuelta en la cama, sus labios sonrien y se entrecubren; una palabra sale de ellos, un nombre que viene á producir un infierno de celos en el alma del hombre hasta entonces tan confiado en la virtud de su angelical compañera.

Geneveva ha pronunciado con acento cariñoso « ¡Fe-

derico! » y como si esto no fuese bastante, ha repetido « ¡Federico mio! » Y al proferir estas exclamaciones estrecha fuertemente una carta entre sus manos.

Carlos, atormentado por los mas terribles celos, asiste á aquella pesadilla de Geneveva y escucha con dolor el nombre que dulcemente nombra en sueños.

A esto se reduce el acto primero, que es, como comprenderán mis lectores, de lo mas atrevido que se ha puesto en escena.

El segundo tiene por teatro el comedor de la casa. Carlos se halla abatido por la cruel idea que le aflige; Geneveva por el contrario, aparece risueña, nada aparenta sufrir. Al notar la tristeza de su esposo trata de disiparla y canta mientras arregla los carbonos de la chimenea.

El médico debe llegar de un momento á otro y Carlos permanece en casa. Esperándole median explicaciones entre los dos cónyuges, y Geneveva, llena de rubor confiesa á su marido que Federico será el nombre que dé al hijo que lleva en sus entrañas.

En aquel momento Carlos, que ignoraba su existencia, cae á los piés de su esposa y la pide perdon de sus recelos; pero todavia existe algo que le atormenta.

— ¿Y la carta que estrujabas en tus manos? pregunta lleno de ansiedad.

— ¡La carta! tómala, responde ella entregándosela.

Aquella es precisamente la prueba irrecusable de sus extravíos, es un billete que él se dejó olvidado en su cuarto escrito por una mujer que se lo dirige con el nombre de Pelin.

A esta reconciliacion sigue un episodio que ofrece un rasgo cómico de primer orden, aunque bastante primaveral.

Llega el médico y ambos esposos le cuentan el origen de su disension.

— ¡Qué tontería! exclamó aquel. ¡Tomar á pecho una palabra proferida en sueños! Si yo les dijera á ustedes que mi mujer dormida ha estado toda la noche llamando á Pelin, ¿qué opinarian de ella? Y sin embargo, habiéndole yo preguntado despues quién era aquel personaje, me ha contestado que un perro.

Esta frase, aplaudida con frenesí, completa los anteriores atrevimientos. En una palabra, nunca se ha presentado mas al descubierto en la escena española tipos semejantes á los trazados por el señor Blasco.

Despues de tan brillante triunfo y en la misma noche, se estrenó un juguete titulado *la Muela del juicio*, arreglo del señor Carreras y Gonzalez, que por lo inverosímil y poco nuevo hago gracia á mis lectores de su pobre argumento. Otro tanto diré respecto de *la Comedia de la vida*, que á pesar de ser obra de un distinguido escritor, cuyo nombre callo porque ha guardado el anónimo, no ha tenido un éxito favorable. La mencionada comedia ha tenido tres ó cuatro noches de vida y nadie ha vuelto á acordarse de ella.

A estas producciones que con tan mala estrella se estrenaron, siguió la pieza titulada *un Manoj de espárragos y unas calabazas*, obra arreglada del francés por don Juan Catalina, que aunque poco nueva y de escaso mérito, el público la escuchó con benevolencia por ser la última obra del malogrado actor. No le cupo mejor suerte á *el Sobrestante*, drama en un acto, original de don Eduardo Palacios, y cuyo argumento está inspirado en una conocidísima anécdota relativa á Felipe II.

Cuenta la crónica que hallándose el fundador del Escorial vigilando de incógnito las obras de aquel gran monasterio, acertó á pasar un estudiante, el cual, queriendo echarla de inteligente, dicen que exclamó con la mayor pedantería:

— La columna es buena, pero el arquitrabe es malo.
El rey que tal escuchó indignándose de la infundada censura, detuvo al atrevido preguntándole á speramente:
— Y ¡qué entendeis vos por arquitrabe?

— Señor, meterse uno á hablar de lo que no sabe; repuso el estudiante, quien reconociendo al monarca supo salir del aprieto con tal ingenio, que logró calmar su enojo.

A esta anécdota se reduce todo el argumento del drama á que me refiero. Felipe II paseándose por las cercanías del Escorial traba conversacion con dos militares, diciéndoles ser el sobrestante de las obras. Uno de los soldados se queja de la injusticia del soberano, que al parecer se niega á concederle un ascenso que ha ganado con su sangre; el otro pretende corregir los defectos que en su opinion afean *un ángulo* del edificio. El monarca entonces se enoja y quiere castigar á entrambos; pero moderada su cólera, en vez de una pena decreta una recompensa, otorgando al quejoso lo que deseaba y al censor lo que él fingió ser: sobrestante de las obras.

Ya comprenden mis lectores que esta produccion mas que un drama es un simple boceto, un ensayo. Justo es sin embargo, reconocer que su autor lo ha embellecido con una fácil y espontánea versificación. Pero si poca novedad ofrece el anterior juguete, menos tiene el arreglo que de *le Feu au couvent* ha hecho el joven escritor señor Guijarro. Conocidísima la bella produccion de Teodoro Barre por la excelente comedia *No hay mal que por bien no venga*, la nueva version no podia por ningun estilo despertar interés.

El poco afortunado Coliseo Español obtuvo pobre recompensa tambien en el estreno de *el Wals*, paso cómico original del señor Selgas. En esta obra su autor protesta alta y solemnemente contra aquel baile que podrá ser mas ó menos conveniente, pero que admiten y toleran los pueblos mas cultos y morigerados. No entraré á analizar su fútil argumento, baste decir que nada menos que una boda se descompone porque el protago-

nista ve á la mujer á quien ama walsando con un amigo suyo.

Finalmente, antes de abandonar el *Teatro Español* me ocuparé, aunque á grandes rasgos, de la última obra estrenada, de la nueva comedia del señor García Gutiérrez, titulada *Sendas opuestas*.

Esta producción, á pesar de no ser una de sus mas inspiradas creaciones, ofrece mil destellos de su brillante y privilegiada imaginación.

Sendas opuestas tiene por argumento el mismo que ha inspirado al señor Serra su drama *Perdonar nos manda Dios*, que ya conocen mis lectores, y por este motivo ha ofrecido poca novedad. Sin embargo, el público ha aplaudido con delirio al poeta lírico, pues nadie le aventaja y pocos le igualan como versificador. García Gutiérrez, ha dicho uno de sus admiradores, habla en verso como los pájaros cantan, como las tortolas arrullan, como las flores derraman el tesoro de sus esencias.

Otro de los teatros dedicados exclusivamente al verso es el de la Alhambra, en donde con excesiva modestia siguen poniéndose en escena algunas obras de relevante mérito. Entre ellas figura el drama del señor Belza titulado *Aceptar la culpa ajena*, que es una producción llena de sentimiento y de interés, y por todos conceptos digna del brillante éxito que ha obtenido.

Para que pueda juzgarse de su mérito literario, reseñaré breve y ligeramente su bello argumento.

El marqués de Fuentidueñas, llamado á desempeñar una misión diplomática en América, se ve precisado á separarse de su esposa Luisa, que apenas cuenta diez y siete años. Al quedar la nueva marquesa sola en el mundo, cae víctima de un seductor y es madre cuando su esposo, al cabo de dos años de ausencia, regresa á su patria.

La desventurada Luisa ha confiado el fruto de su extravío á una íntima amiga suya, que pasa por madrina de la angelical Emilia.

El marqués al encontrarse de nuevo al lado de su esposa, siente despertarse de nuevo en su alma un inmenso cariño, y solo piensa en labrar su felicidad, pensaroso y arrepentido de haberla abandonado en los primeros meses de su matrimonio.

Todo parece sonreír á los jóvenes esposos, cuando estalla la borrasca que voy á referir.

Emilia, la hija de la infiel esposa, ama secretamente á un amigo del marqués, Alfredo de Sandoval.

Ambos esposos averiguan por medio de un joven amigo suyo también, que el amante de Emilia es un vil seductor que tan solo pretende abusar de su inocencia. El marqués que no ve en la pobre doncella mas que una protegida de su esposa, se contenta con censurar la criminal conducta de Sandoval, pero la desventurada madre temiendo que la suerte de su hija pueda igualarse á la suya, corre aterrada á prevenir á Margarita, su amiga íntima, del peligro que les amenaza.

Quiere la casualidad que Alfredo habite en la misma casa de su amante, y el marqués que ha seguido á su consorte, al verla tan atribulada llega á pensar que es la madre y no la hija la que corresponde al mancebo.

Entonces su alma noble y generosa se indigna y queriendo vengarse del que ha desterrado de su hogar la ventura, corre al Casino, busca un pretexto y acaba por desafiarle, concertándose el duelo para el día inmediato.

Vuelve el marqués á su casa y despues de mil vacilaciones, al ver acercarse el trance fatal descubre á su esposa el motivo de su agitación. Luisa procura calmar sus infundados celos y cuando está á punto de suspenderse el duelo, llega Emilia trémula en busca de su madre á suplicarle la revele cuanto sepa acerca de su origen, pues Alfredo arrepentido de sus criminales propósitos quiere á todo trance hacerla su esposa, pero desea antes saber quiénes son sus padres.

Luisa se turba y el marqués cree ver en su emoción las pruebas de su infidelidad, y le exige terminantemente una sincera explicación de su conducta.

Luisa al fin habla, confiesa su propia historia, pero atribuyéndola á seres imaginables. Segun su relato el padre de Emilia no existe ya: la madre no se sabe dónde reside. Con estas tristes noticias se retira la desventurada joven, y al quedarse solos el marqués dirigiéndose á su esposa, cuya culpa ha adivinado, le grita fuera de sí:

— ¡Pronuncia el nombre de esa mujer!

— ¡Su nombre es el mío! murmuró la infiel esposa cayendo de rodillas.

El marqués entonces presa de la mayor desesperación quiere quitarse la vida, y anulando lo pactado con su adversario, cruza su espada con la de Sandoval que aunque noblemente evita darle la muerte que busca, no puede contener á Fuentidueñas que ciego se arroja sobre él hiriéndose en una mano.

Los padrinos entonces ponen término á la lucha y el marqués llega á calmarse.

La severa voz de su conciencia le grita que Luisa sucumbió por culpa suya, porque la misión del marido es defender y amparar á su mujer y no abandonarla como él había hecho, y despues de algunas inspiradas reflexiones el marqués se decide á llevar á cabo un sublime sacrificio, cual es el declarar á la faz de todo el mundo que Emilia es hija suya, que la adopta y la reconoce y otorga su mano á Sandoval, y por último, á impulsos de tan incomparable abnegación, se dirige á Luisa y la pide perdón.

Este es en resumen el argumento que aunque poco nuevo, ha sabido presentarlo de tal modo el señor Bel-

za, que á pesar de los mil escollos que ofrece, ha conseguido que ni un solo momento aparezca en ridículo el marido engañado. Otra de las novedades que nos ha ofrecido la *Alhambra* ha sido la *Capilla de Lanuza*, verdadero acontecimiento literario que ha dado á conocer á un poeta lírico de primer orden. El señor Zapata, que este es su apellido, ha condensado en un acto la brillante página de la historia de Aragón, que recuerda el título antes mencionado. La obra está escrita en un estilo elevado, y su lenguaje es de lo mas armonioso y elocuente que ha resonado en la escena española en lo que va de siglo. Esto unido á una inconcebible profusión de imágenes bellísimas, de ideas delicadas y de conceptos atrevidos, hacen de la *Capilla de Lanuza* una verdadera joya literaria.

Pasando ahora á ocuparme del teatro de la Zarzuela, empezaré por la aplaudida producción *Hijos de la costa*, original de los señores Larra y Marqués, que ha venido á formar *pendant* con el tan celebrado *Molinero de Subira*, de que ya hablé á mis lectores en la anterior revista.

El argumento de esta zarzuela es una segunda edición de *Massianelo*. Trátase de un joven pescador que quiere libertar á sus hermanos de la opresión de los franceses, y que lucha entre el amor de una mujer y el amor de la patria.

Su amada adora al jefe de los opresores y este sentimiento es el eje que mueve el interés de la acción.

No necesito añadir que al final los buenos reciben el premio y el castigo los malos.

Púsose despues en escena un disparate, así lo llaman sus autores los señores XX, titulado *Aventuras de un difunto*, que por haberse estrenado fuera de las circunstancias que exige su trivial argumento tuvo un éxito muy poco favorable, á pesar de no carecer de ingenio los chistes en que abunda y estar concienzudamente versificada. La obra á que me refiero pertenece al género especial de las de *Noche Buena*, y es muy propia para deleitar al público indulgente y bonachón de tales días, pero en estos momentos no tiene ninguna oportunidad y por eso ha sido rechazada.

Por último, el teatro de que me ocupo nos ha ofrecido una obra de los señores Picon y Barbieri, titulada: *los Holgazanes*, que han obtenido un éxito completo de libro y música.

El señor Picon combate enérgicamente en su última producción la holgazanería y demuestra con grande acierto sus males refiriéndolos á un país como el nuestro. El público ha premiado espontáneamente las generosas aspiraciones del distinguido escritor, aplaudiendo los mil detalles que embellecen el trascendental pensamiento de la obra.

Y ahora para terminar la parte teatral de mi revista nos trasladaremos al coliseo de los *Bufos Arderius*, donde no han escaseado las novedades, aunque algunas de ellas han pasado casi desapercibidas. Esta mala suerte tuvieron los *Rayos del sol*, del señor Pina y los *Puntos negros*, original de autor anónimo. La primera, mereced á la música alegre y ligera de Offenbach, fué escuchada con alguna benevolencia; la segunda no hizo mas que pasar, gracias á sus chistes políticos. Poco también diré del juguete titulado: *Matemáticas* que solo vivió una noche. Es una pieza que se acaba cuando el público sospecha que va á empezar.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de marzo de 1871.

Fiasco.

I.

Génova, la hermosa ciudad de Liguria, la famosa competidora de Venecia y la implacable enemiga de Pisa, yacia sumergida en silencio y sepultada entre sombras una noche del año 1547. Las torres de sus magníficos templos, las cúpulas de sus soberbios palacios de mármol se elevaban hasta las nubes, sin dejar entrever sobre sus gigantescas cimas, al campanero que congrega á los fieles, ni al vigia que recorre con la vista la inmensidad del golfo, para avisar la llegada de los buques de guerra. Esta república activa, esta sociedad turbulenta enmudece y se entrega al descanso entre los brazos del sueño. Mañana cuando apunten los rayos del sol en un nebuloso horizonte, sus moradores vestirán las divisas de sus partidos, los *Guelfos* maldecirán á los *Gibelinos* y armarán sus manos para disputarles un palmo de poder; el Senado discutirá los intereses del pueblo, y el pueblo buscará acaso un hombre que le liberte de la esclavitud del Senado... mas ahora poderosos y esclavos, contrarios y amigos, gobernantes y súbditos, todos sufren en sus lechos ese pasajero letargo que se asemeja á la muerte.

Dos personas al menos se exceptúan sin embargo de esta ley general. La primera es un hombre que agoniza, la segunda una mujer que llora. Sobre un lecho de paja cubierto con un miserable tapiz fluctúa congojoso entre la muerte y la vida el esforzado general *Tribulce*, aquel guerrero que al frente de un ejército francés tomó por asalto á Génova y abatió el orgullo de Antonio Adorno, su *Dux* y Corifeo. Próximo á desprender-

se de este valle de lágrimas para lanzarse en el valle de la eternidad, dirige en torno suyo aquellas miradas aterradoras é indefinibles que se encuentran siempre en los ojos de un moribundo, y con desmayada voz habla á su hija por la postrera vez, y humedece con sus lágrimas la blanca mano de la doncella.

— Fanni, Fanni, no llores, hija mia, tu padre dejará de existir muy en breve... pero te queda un Dios de bondad que velará por tu inocencia... Si llores por mí, no te aflijas, ángel de amor... he padecido tanto que no debo mirar sin júbilo la proximidad de aquel instante que me llame á descansar. ¡Hace ya 49 años que gimo en esta torre!... 49 años... implacable destino... tú eras muy niña entonces... muy niña todavía, cuando el atrevido Doria sorprendió la ciudad con quinientos imperiales. Día de horror y de oprobio para las armas francesas. Aun resuenan en mi oído aquellos gritos espantosos de *viva la restauración*, aun pienso ver aquellos soberbios castellaros, aquellos gigantesco alemanes herir á mis soldados desprevenidos y llevar por todas partes el fuego y el estrago. Mi guardia Suiza me abandonó... ¡cobardes!... eran hombres comprados... yo quise resistir... inútiles esfuerzos... una voz sonora, un acento imperioso repitió no lejos de mí... *prendedle*, conducidme cargado de cadenas á la torre de la *Linterna*... era la voz de Andrés el marino, del vástago de los Dorias... ahora es censor de Génova, y yo muero maldiciéndole y detestando su barbarie en la torre de la *Linterna*.

— Padre mio, dijo la joven enternecida aplicando sus ardientes labios á las heladas mejillas del anciano; no os atormentéis con estos recuerdos. Pensad en ese Dios de bondad que me dejais por protector... ¿qué digo? pensad en la vida... porque aun podeis vivir... aun podeis disfrutar el aire de la libertad en nuestra querida Francia... hoy habeis pasado un día bastante tranquilo y acaso sea el precursor de muchos días de felicidad y ventura...

— ¡El precursor de muchos días de felicidad!... exclamó Tribulce, con el acento del mas vehemente despecho... Sí, el precursor de eternos siglos de descanso... Quitá, hija mia, no me beses con tanto ardor... siento descender tus lágrimas sobre mi frente... y... puedes creerlo, no me consuelan tanto como las palabras de cólera que te arranca á veces el dolor... la muerte es poca cosa... es nada para el hombre que espira en el campo del honor y aguarda una corona de gloria... mas para aquel que gime en una torre 49 años, que escucha desde su lecho los gritos de la multitud y el sonido de las campanas que anuncian el triunfo de su vencedor, y al volver los ojos al rededor de sí, en busca de una venganza, de un consuelo, encuentra solo una lámpara que se apaga y una mujer que llora... es una idea horrible, Fanni, muy horrible.

La hermosa joven redobló sus gemidos al escuchar el lenguaje sombrío de despecho en boca de un padre bondadoso á quien amaba con ternura... buscaba en su imaginación alguna idea consoladora que pudiese aplacar los profundos dolores de aquel corazón ulcerado... y el llanto inundaba sus ojos sin acallar su tormento.

— ¡Justo Dios! exclamó el desmayado enfermo haciendo un esfuerzo para incorporarse en la paja... bien sabeis lo que sufro... arrancadme pronto este soplo de existencia que equivale á cien años de martirio... ¡Cuán larga es esta noche de agonía!... ¡Cuán tarda en aparecer ese sol que ha de alumbrar mi sepulcro... Fanni, Fanni... tú no tienes valor, tú no eres mi hija, si lo fueses, tendrías piedad de este anciano, terminando con una gota de veneno el combate que sufro... porque naciste destinada á llorar y no á regir una lanza y á soportar un escudo... yo te vería entonces con una risa placentera empuñar la espada de tus mayores y esgrimirla heroicamente contra los asesinos de tu padre... Mientras ahora la imagen de la venganza me niega su consuelo benéfico... y la débil, la inocente orfandad viene á cerrar mis párpados.

— ¡Padre mio! exclamó con vehemencia la hermosa joven enjugando sus lágrimas y haciendo un esfuerzo para serenar su semblante descompuesto por el dolor. Si es preciso para endulzar vuestros últimos momentos que haya un valiente que tome sobre sí vuestra causa... consolaos... existe un joven... aquí la vergüenza y el temor la impidieron continuar: cubrióse el rostro con ambas manos y no pudo proseguir.

— Continúa, Fanni, continúa... ¿qué ibas á decir? ¿qué joven existe en el mundo que pueda abrazar la causa de un viejo moribundo, desterrado de la sociedad de los hombres hace 49 años?

— Mi amante, dijo con firmeza esforzando la voz la candorosa Fanni... yo os he ocultado hasta aquí la inocente pasión que me liga á un noble genovés... aborrecéis tanto la nobleza de este país que temia ocasionaros un disgusto confesándoos mi flaqueza... mas ya es preciso confesároslo todo é implorar á vuestras plantas el perdón postrimero.

— Ángel mio... consuelo de mi muerte... ¡ah! qué perdón necesita un alma como la tuya... habla, hija mia, habla; aun podré escuchar tu voz algunos momentos... aun podré alcanzar un alivio si me hablas de un apoyo para tu juventud y de un vengador para mis canas... ¿quién es ese noble, cómo se llama? ¿tiene valor! ¡ah! valor tendrá sin duda si tú le amas, si es noble, ¿sabes ya que eres la hija de un prisionero infeliz... y que tu padre no puede dejar otra cosa que un nombre? ¿Le has dicho que me vengue... que es mi enemigo Doria... y que su sangre es el precio mas dulce con que puede conseguir tu mano?



A. L. ANTON.

LA GUERRA CIVIL. — Avanzada de guardias nacionales en el ferro-carril de Sceaux.

— Sí, padre mio, todo lo sabe y á todo está dispuesto; tiene ambicion, tiene amor, ¿qué no puede esperarse de un jóven que ama y ambiciona? Sus amigos son numerosos y temibles, odia la raza de los Dorias y ha urado su ruina...

— Fanni, baja un poco la voz... juraria que he sentido los pasos del carcelero y nos importa demasiado la conservacion de este secreto.

— Es el médico, dijo la doncella aproximándose hácia el oscuro pasillo por donde entraba á la sazón un hombre embozado... y un momento despues dió un grito de alegría y se precipitó en los brazos del desconocido.

— ¡Fiesco! ¡Fiesco!... es él, padre mio... es nuestro vengador... es mi amante... miradle... algun ángel le ha conducido á esta prision para consolaros en estos terribles instantes.

— Acercaos, jóven, acercaos, dijo el anciano general con una voz interrumpida por la ansiedad y la agonía... sois acaso el hijo de Gerónimo Fiesco, aquella ilustre

víctima inmolada por la familia de *Jano Fregoso*.

— Sí, contestó el gallardo mancebo con una voz varonil, y el mismo que viene á libertar á un segundo padre de la esclavitud que le oprime, y á derrocar el imperio de la tiranía, y á salvar un pueblo que gime bajo el yugo de los Dorias... mañana el pendon de la República se verá hollado á mis piés, vos regresareis al seno de vuestra querida patria, y *Fanni Tribulce* tomará el nombre de esposa de Luis Fiesco el libertador...

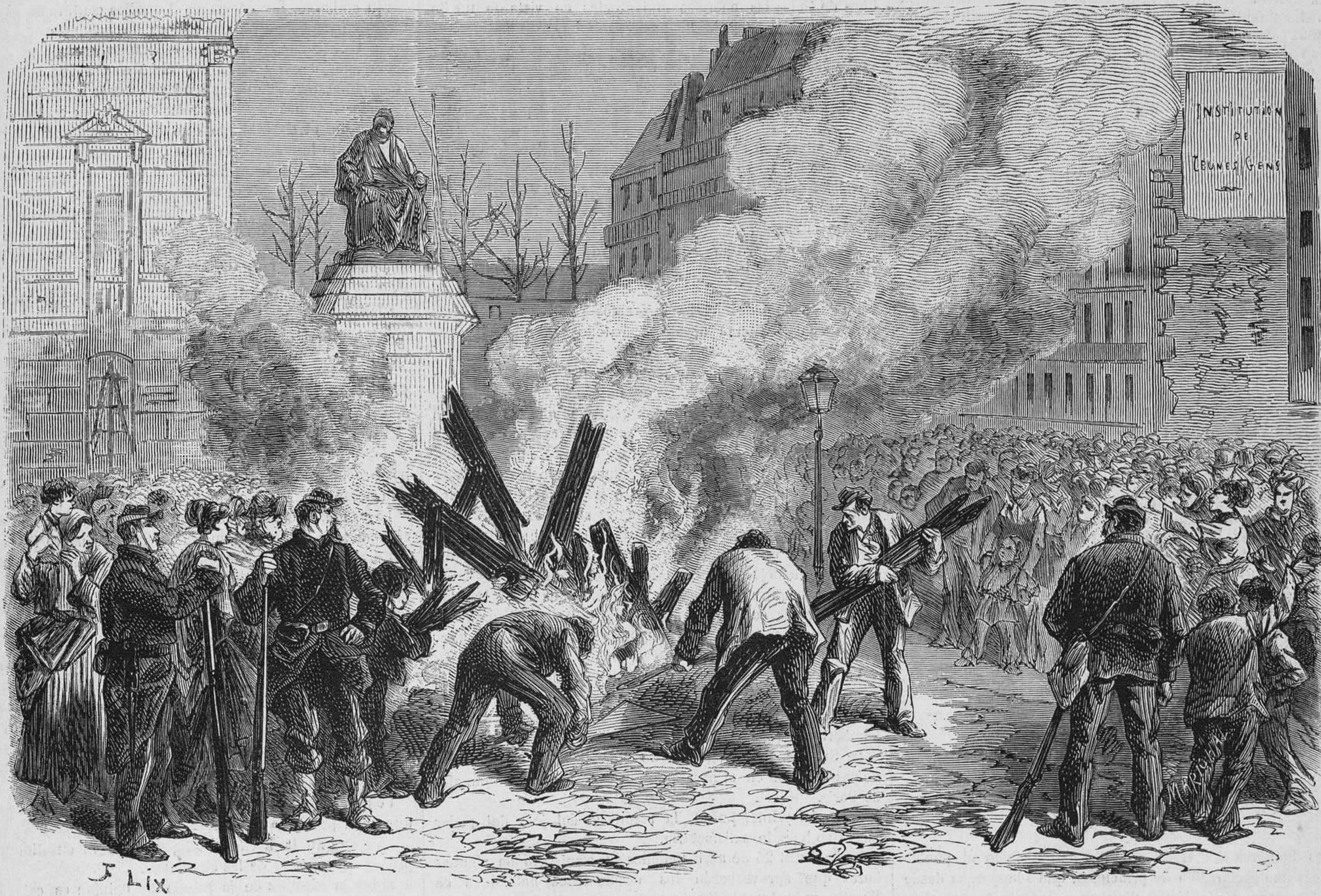
Los mas tiernos abrazos, las mas cariñosas protestas se siguieron al diálogo que acabamos de describir. Allí una hermosa palpitando de amor, entregaba una mano á su amante que la besaba enternecido, mientras llorosa y trémula colocaba la otra sobre el corazon de su padre para calcular por sus latidos los instantes de vida que le quedaban. Allí un guerrero ocupado en los gigantescos proyectos de la ambicion, embebido en las ilusiones y delirios de un amor frenético, luchaba con la esperanza, con la duda, con el deseo, y dirigia al-

ternativamente sus miradas hácia la amante llorosa y hácia el anciano moribundo.

Este llegó, por fin, á tocar el término de su carrera... habia sufrido tan violentas sensaciones en muy cortos momentos que su naturaleza no pudo resistir por mas tiempo y le abandonó al sueño eterno, que mira el débil con horror y el desgraciado con desprecio... Apenas el hielo de la muerte embargó sus sentidos, un ¡ay! prolongado se exaló de los labios de Fanni, que arrodillada á su cabecera observaba hasta sus menores movimientos; la infeliz cayó en tierra desmayada sin poder articular una voz; Fiesco lloroso la recogió en sus brazos, cubrió el cadáver con el fúnebre tapiz, y estrechando contra su pecho la preciosa y ligera carga, salió con apresurados pasos de la torre de la Linterna.

II.

¿Qué indica ese rumor helicoso que resuena en todos



El incendio de la guillotina en Paris, al pié de la estatua de Voltaire.

los ángulos de la ciudad? El estruendo de las armas interrumpe el silencio de la noche, mil hachas encendidas circulan por todas partes agitadas en el aire por un populacho amotinado. Los soldados abandonan los cuerpos de guardia y huyen despavoridos... Las campanas hieren el viento con sus melancólicos sonos... una hoguera encendida en la plaza consume las insignias ducales y la bandera republicana... varios ancianos se agrupan á las puertas del Senado y esperan la muerte con resignacion... ¡ah! la discordia ha cebado sus garras en un pueblo turbulento, y este pueblo corre con apresurados pasos á la desoladora anarquía. Un peloton de guerreros atraviesa el inmenso anfiteatro de palacios y se dirige en tropel hácia la costa de Levante...

— *Apoderémonos* del puerto, dice un jóven ricamente vestido que les sirve de caudillo... Fiesco desembarcará muy en breve, y es necesario que no encuentre á su llegada un solo republicano contra quien tenga que desenvainar el acero...

— ¡Viva Fiesco! nuestro capitán... viva *Verina*, nuestro jefe... gritan todos á la vez.

— Muera Andrés Doria, grita un soldado esgrimiendo una daga en el aire.

— Muera el Senado, repiten varias voces á la vez.

— Saquear el palacio del Dux.

— Prender fuego á la goleta del pavés amarillo.

— No; economicemos la sangre genovesa: matemos solo á los extranjeros adictos al emperador...

— *Silencio*, exclama *Verina*, hiriendo el formidable escudo con el cuento de la lanza... hemos triunfado... pues pensemos solamente en depositar los trofeos de la victoria á los piés de nuestro jefe... corramos al puerto á recibirle... sí, corramos...

Y al decir esto, aquella multitud procelosa se dirige á la costa bañada por el golfo de Génova.

La luna baña aquel mar con una luz amarillenta... el resplandor de las hachas y el fuego de las teas inflamadas en las popas de cien naves que le surcan... le comunican un color rojizo semejante al del éter inflamado que se exhala de un volcan...

— Aborda, grita el marinero desde lo alto de las gavias...

— *Verina*, dice el grumete de un navío aproximándose

se á la playa, gran pesca de Gibelinos nos espera esta noche... ¡ánimo! que el viejo marino, amigo del emperador tendrá ya que amainar velas para todo el resto de sus dias.]

Habíase formado de pronto una pequeña tienda de campaña á la entrada del puerto para recibir á los conjurados de la opuesta ribera y la persona del caudillo. Mil luces iluminaban este pabellon, donde *Verina* esperaba impaciente el desembarco de su amigo... distingue en esto una frágil lancha que aborda á la ribera y de la cual se arroja apresuradamente una mujer enlutada. Se acerca y retrocede estremecido al reconocer bajo el denso velo que la envolvía á la hermosa *Fanni Tribulce*...

— Dónde está vuestro esposo? exclama, ¿dónde está Fiesco?

— Ahí... ahí... dice toda azorada, señalando con una mano al mar y estrechando con la otra el manto bordado de oro que llevaba de ordinario en los hombros el ilustre caudillo. Sacadle, sacadle, aun puede que viva; so ha roto la escala; no puedo mas, yo muero...

Al escuchar estas palabras seis intrépidos soldados se

arrojan al agua sepultándose en las ondas, y treinta robustos remeros imitan su ejemplo saltando ligeros de la empavesada embarcacion que habia conducido al malogrado héroe... ya arrastran entre cuatro un cadáver y lo depositan en la arena... quieren restituírle á la vida, pero sus ojos se han cerrado para siempre... el desgraciado Fiesco habia exhalado el último aliento en el fondo del golfo abrumado por el peso de su armadura. La nueva de su muerte cunde por la ribera, se comunica al anfiteatro, llega á las puertas del Senado y esparce el desaliento en los conjurados, difundiendo el valor en los partidarios de Doria.

— Vuelve este guerrero á apoderarse de la fortaleza y de la torre de la Linterna, las campanas dejan de tocar á rebato, la hija de Tribulce espira entre los horrores de esta noche fatal, y la bandera republicana ondea orgullosa otra vez sobre los muros de Génova.

X.

El incendio de la guillotina.

El día 6 de abril por la mañana el batallón 437 de la guardia nacional, quemó públicamente la guillotina en la plaza de Voltaire, á los aplausos entusiastas de la muchedumbre. La guardia nacional quiso simbolizar así el gran principio de la abolición de la pena de muerte.

El incendio de la guillotina fué seguido ocho días después de la destrucción de la *abadía de las Cinco Piedras*.

Esto necesita una explicación.

Delante de la puerta de la cárcel de la Roquette, que es donde encierran á los reos de muerte, existían en el intervalo comprendido entre las dos aceras, cuatro baldosas de piedra oblongas que formaban las extremidades de un cuadrilátero, en cuyo centro habia otra baldosa de mayores dimensiones.

En estas piedras se apoyaba el cadalso y por esta razón la *madera de justicia* se llamaba vulgarmente la *abadía de las Cinco Piedras*, denominación que sucedió á la de *abadía de Monte á Regret* (sube con sentimiento) que se dió á la horca que ha sido reemplazada con la guillotina.

La destrucción de este último instrumento de suplicio debia naturalmente traer consigo la de la abadía de las Cinco Piedras que venia á ser inútil.

Esta reparación se llevó á efecto con cierta solemnidad en presencia de los guardias nacionales del puesto y de una muchedumbre de curiosos.

Quemar la *madera de justicia* al pié de la estatua del defensor de Calas, es una idea que seguramente debe merecer la aprobación pública. Pero no es la guillotina el único modo de ejecución que se usa en Francia: se ha quemado la guillotina y queda el chasapote. ¿Dónde está la diferencia entre morir bajo la cuchilla ó á tiros? Lo que se pide no es el incendio del cadalso, sino la abolición de la pena de muerte.

H. C.

Revista de Paris.

Los hombres del Hotel de Villa han dirigido al pueblo francés una declaración de principios, que se esperaba desde que formaron ese gobierno local, que intenta imponer su voluntad al resto de la Francia. Porque es preciso decirlo; en los primeros días el movimiento del 18 de marzo no parecia mas que una reivindicación de los derechos municipales; pero poco á poco, los actos nos fueron dando á conocer que se trataba nada menos que de una revolución política y social de consecuencias incalculables. Una vez en este terreno, la Commune tenia obligación de exponer sus principios, sus aspiraciones, sus tendencias, y al cabo de un prolongado silencio, por fin nos viene á declarar la naturaleza de la revolución que se propone.

Invocando el nombre de Paris resume sus deseos de esta manera.

Paris pide el reconocimiento y la consolidación de la República, única forma de gobierno que cree compatible con los derechos del pueblo y el desenvolvimiento regular y libre de la sociedad.

Quiere además la autonomía absoluta de la municipalidad, extensiva á todos los pueblos de Francia, la cual no estará limitada sino por el derecho de la autonomía legal, para todos los demás municipios adherentes al contrato cuya reunión debe asegurar la unidad francesa.

Los derechos que se reclaman son los siguientes:

El voto del presupuesto municipal; el reparto del impuesto; la dirección de los servicios locales; la organización de la magistratura, de la policía y de la enseñanza; la elección de los magistrados ó funcionarios municipales; la garantía de la libertad individual, de la libertad de con-

ciencia y de la libertad del trabajo; por último, la organización de la defensa urbana y de la guardia nacional.

Hasta aquí el programa de lo que llama la Commune de Paris garantías locales.

Pero para que estas garantías no sean ilusorias, la Commune tiene buen cuidado de añadir que es absolutamente indispensable que en la gran administración central, delegación de los municipios federados, se encuentren la realización y la práctica de los mismos principios.

Con esta condición el programa entra de lleno en la cuestión política, aunque protesta de que no quiere imponer su voluntad al resto de la nación ni aspira á una dictadura que califica con razón, de verdadero atentado contra la independencia y la soberanía de los demás municipios.

Sin embargo, al través de estas protestas se trasluce claramente la intención política de esta declaración de la Commune.

Dice que Paris rechaza la unidad tal como ha sido impuesta al país por el imperio, la monarquía y el parlamentarismo, en razón á que esa unidad no es otra cosa que la centralización despótica, ininteligente y arbitraria.

La unidad que quiere Paris « es la asociación voluntaria de todas las iniciativas locales, el concurso espontáneo y libre de todas las energías individuales en vista de un fin común, el bienestar, la libertad y la seguridad de todos »; se trata de una « nueva era de política experimental, positiva y científica ».

Nada mas terminante: aquí se pierden los derechos comunales en el dedalo y la confusión de las tendencias políticas.

La declaración concluye con un llamamiento á la Francia para que le secunde en su empresa, y anuncia el firme propósito de luchar hasta el último extremo. « El triunfo de la idea municipal, ó la ruina de Paris », tal es la alternativa en que se coloca.

Todo esto quiere decir que el fin de la guerra civil por vía de transacción se hace á cada instante mas imposible.

En vano se multiplican los pasos oficiosos en Paris y en Versalles: estas declaraciones y estos programas son otras tantas contestaciones negativas á todo proyecto de avenencia.

Y sin embargo, no desmayan los buenos patriotas que desean ver el fin de la efusión de sangre.

Ya saben nuestros lectores los esfuerzos que ha hecho la *Liga de la unión republicana*, esfuerzos desgraciadamente infructuosos hasta hoy; pero no por eso se dá por vencida, antes bien acaba de ponerse de acuerdo con los delegados de las cincuenta y ocho cámaras sindicales de la *unión nacional*, con las veinte y cuatro cámaras sindicales obreras, con la francmasonería y la sociedad de la instrucción elemental, á fin de iniciar una tentativa que será la postrera, cerca del jefe del poder ejecutivo de la República francesa.

A la hora en que escribimos los delegados de la reunión de todas estas sociedades han vuelto á Paris, y aunque no oficialmente, conocemos ya el resultado de su viaje á Versalles.

La misión de los delegados puede reducirse á los dos puntos siguientes:

1º Pedir un armisticio para la evacuación de los pueblos bombardeados en las afueras de Paris.

2º Someter á la Asamblea de Versalles los preliminares de paz basados en el programa de las franquicias comunales de Paris.

Sobre el primer punto, la respuesta del jefe del poder ejecutivo ha sido satisfactoria.

Hoy martes 25 de abril tenemos un armisticio de algunas horas que aprovecharán los desgraciados habitantes de Neuilly y de las localidades adyacentes, para salir de las cuevas en donde viven hace ya tres semanas.

¡ Ah! lo que en ese tiempo ha pasado en Neuilly hiela la sangre.

Toda la población se ha visto sometida al bombardeo mas furioso por parte de los versalleses y de los federados.

No ha habido un momento de tregua.

Las casas se hunden unas tras otras á efecto de las bombas, ó son ocupadas alternativamente por los versalleses y los parisienses que se batían en las habitaciones, practicando brechas en las paredes, fortificándose, sembrando en todas ellas el terror y la desolación.

Neuilly se ha convertido en un verdadero valle de lágrimas.

Toda la población vive encerrada en cuevas húmedas, donde se muere de frío y de hambre.

Y esta población asciende á 15,000 personas.

Por fin este terrible estado debe cesar hoy y Neuilly quedará desierto y vacío á la disposición de los combatientes.

¡ Qué horrible guerra la que se hace en las calles!

¿ Sufrirá Paris la suerte de Neuilly?

Por el pronto diremos que segun las noticias que acaban de traer los delegados, no hay transacción posible entre Paris y Versalles.

Si M. Thiers consintió fácilmente en la suspensión de armas en favor de Neuilly, no ha sido lo mismo respecto

del segundo punto, el de los preliminares de paz que propusieron los delegados.

El jefe del poder ejecutivo cree que Paris debe darse por satisfecho con la ley municipal que ha votado la Asamblea, y que le parece la mas liberal que hasta el día ha tenido la Francia.

Por lo tanto no hay transacción posible, y la cuestión se zanjará definitivamente por la fuerza de las armas.

Con efecto, los informes de Versalles anuncian cada día la llegada de tropas, que inmediatamente se dirigen contra los parisienses.

Dícese que el gobierno cuenta ya en torno de Paris con mas de 140,000 hombres.

Además, parece ser que los prusianos están á punto de evacuar los fuertes que ocupan en la orilla derecha del Sena, y naturalmente en esas fortalezas importantes, y en las demás posiciones que quedarán libres serán reemplazados por las tropas de Versalles, lo cual hace temer á muchos un asedio completo, y sobre todo un bombardeo que tendrá por objetivo Montmartre, la Villette, Belleville y demás arrabales expuestos á los cañones de la inmensa línea de los fuertes.

Los combates de estos últimos días no han modificado sensiblemente la posición respectiva de los beligerantes.

Sin embargo, las tropas de Versalles continúan ganando terreno poco á poco, y el combate de artillería no cesa al Oeste y al Mediodía. Se sigue esperando una acción general y el gobierno anuncia en sus circulares á las autoridades departamentales que no se hará ya esperar largo tiempo.

No insistiremos hoy en la relación de estos combates parciales, sin otro resultado que el de mantener en estado permanente la efusión de sangre, para ocuparnos en diversos incidentes que han ofrecido las sesiones de la Commune, cuyo extracto oficial se publica cada día.

En la del 21 M. Félix Pyat presentó su dimisión, fundada en que la Commune decidió la cuestión de las últimas elecciones en un sentido contrario á la ley. Los miembros elegidos no reunieron la mayoría legal, y á juicio de M. Félix Pyat la Commune no tiene poder para añadir los votos que les faltaron.

En suma, M. Félix Pyat quiere que la Commune retracte su voto ó admita su dimisión.

— ¿ Qué actitud debemos tomar ante la dimisión de Félix Pyat? exclama el ciudadano Regere. No es posible que nos retractemos; la votación es definitiva.

Y luego añade:

— Verdaderamente esas dimisiones que á cada momento nos proponen se parecen á un relajamiento moral y casi á una deserción. Yo pido que no se admitan las dimisiones.

La tormenta contra Félix Pyat no hacia mas que empezar: el ciudadano Vermorel toma la palabra y censura la política del periódico de M. Pyat, que critica la medida de la supresión de varios periódicos, siendo así que su director tomó la iniciativa de esta providencia en el seno de la Commune.

Al ciudadano Vermorel sigue en el uso de la palabra el ciudadano J. B. Clemente, que expresa así su opinión sobre el caso:

— El ciudadano Félix Pyat ha estado siempre por las medidas enérgicas, y me parece muy extraño que hoy nos acuse. Mas digo: es indigno del ciudadano Félix Pyat el desertar así la causa, y pido que se le ponga preso, que por menos se ha llevado á la cárcel á otros ciudadanos.

Félix Pyat dá sus explicaciones en el *Vengeur* de hoy, que es el periódico que dirige.

Dice que no ha hecho su dimisión por la cuestión de la prensa, sino por la de las elecciones.

Sobre la cuestión de la prensa su opinión es categórica: el derecho de recogida es incontestable, la Commune no es una Cámara sino un campamento, y no debe dejar libertad ni publicidad al enemigo; los periódicos no son opositores sino combatientes y corren los riesgos de la guerra, que son los riesgos de ser muertos ó heridos. Mas aun; Félix Pyat no está por las cosas á medias, quiero que se supriman todos los periódicos ó que se permitan todos.

Pero es el caso que la dimisión de Félix Pyat no ha sido admitida, y á esto contesta en el mismo artículo del modo siguiente:

« La Commune se cree con derecho para hacer sus miembros y hasta para deshacerlos; nada mas lógico. El ciudadano Clemente quiere prenderme á despecho de su nombre, y yo no veo cómo podría ser á la vez su colega y su prisionero. Entre tanto soy representante contra mi voluntad. »

Y termina con un llamamiento al pueblo que le ha elegido para que le diga si debe permanecer ó no en la Commune.

En la misma sesión en que se propuso la prisión de Félix Pyat, se puso en libertad á otro de los miembros del cenáculo, el ciudadano y general Bergeret, que habia sido objeto de las severidades de sus colegas.

¿ Por qué fué preso Bergeret y por qué ha salido otra vez á la luz del día?

Esto es lo que se ignora, es decir, lo que ignoramos nosotros.

Lo cierto es que las providencias para prenderse entre sí los miembros de la Commune acusan una situación muy pe-

ligrosa para todos ellos. El ciudadano Arturo Arnould clamó con energía contra esta enfermedad contagiosa que, como dice Rochefort, parece ganar á los hombres del Hotel de Villa que se ponen presos mutuamente á la menor controversia.

En punto á los hechos, se censura igualmente y por la misma prensa amiga del Hotel de Villa, esa fecundidad de decretos contradictorios que complican la situación en vez de simplificarla.

Se dice que los miembros de la Commune que eran en los clubs comunistas, socialistas, individualistas ó jacobinos, no quieren hacer abstracción de sus opiniones personales y sus actos ofrecen esa misma variedad de doctrinas.

En suma, no obstante todas las afirmaciones de que el movimiento actual es comunal, nadie parece ocuparse de los verdaderos intereses del municipio, si no antes bien, no se trata jamás de otra cosa que de salir de esos límites.

Así es que, como ya hemos visto, las dimisiones se multiplican, hasta el extremo de que un miembro de la Commune ha podido decir:

— Si aceptamos todas las dimisiones que se presentan, muy luego no quedará nadie para celebrar las sesiones.

Se quiere un código que precise las libertades comunales y que las palabras estén en completo acuerdo con los hechos.

Esto es lo que piden con voz unánime los amigos de la Commune, por medio de la prensa periódica, á fin de que desaparezca la confusión y la contradicción que ofrecen entre sí los hechos y las doctrinas.

MARIANO URRABIETA.

Memorandum.

(Continuacion. — Véase el número 953.)

JUÉVES 23 DE MARZO.

Las elecciones se aplazan al 26 de marzo. La prensa sostiene su protesta, así como los diputados de París y las municipalidades.

Sin embargo, las negociaciones continúan: Comité central, diputados y alcaldes de París, estado mayor de la guardia nacional mandada por el almirante Saisset, gobierno, Asamblea nacional, todo se agitaba para conjurar la crisis; desgraciadamente en vano.

VIÉRNES 24 DE MARZO.

Muchos grupos en las calles, muchas tiendas cerradas, y en todas las bocas la misma pregunta: ¿Por qué no se hace la conciliación?

Hay pocas noticias. El *Officiel* de París anuncia que el general Bergeret ha sido nombrado comandante en jefe de la guardia nacional.

Dois notas del mismo periódico dicen que el Comité está resuelto á fusilar inmediatamente á los ladrones y que se continuará cobrando el derecho de puertas en favor del gobierno del Hotel de Villa.

SABADO 25 DE MARZO.

Hoy debe decidirse la cuestión de las elecciones puesto que el Comité no ha retirado su convocatoria para el día 26; y en efecto, á última hora los periódicos recibieron la siguiente comunicación de la alcaldía del 2º distrito:

« París 25 de marzo de 1871. — Señor director. — En virtud de la resolución tomada por los diputados del Sena y los alcaldes de París, las elecciones municipales se harán mañana domingo.

» Tened á bien hacer conocer á vuestros lectores que

las funciones de alcalde y de adjunto no son incompatibles con las de consejero municipal. »

El *Avenir National* publica la proclama siguiente:

« REPÚBLICA FRANCESA. — *Libertad, Igualdad, Fraternidad, Justicia.* — Los diputados de París, los alcaldes y adjuntos elegidos y en posesión de sus distritos y los miembros del Comité central federal de la guardia nacional, convencidos de que el solo medio de evitar la guerra civil, la efusión de sangre en París y al mismo tiempo de afianzar la República, es el de proceder á elecciones inmediatas, convocan para mañana domingo á todos los ciudadanos en los colegios electorales, que estarán abiertos desde las ocho de la mañana hasta las doce de la noche.

» Los habitantes de París comprenderán que en las circunstancias actuales el patriotismo los obliga á que todos voten, á fin de que las elecciones tengan el grave carácter que solo puede asegurar la paz en la ciudad. — Viva la República. »

El *Journal Officiel* inserta el decreto siguiente del Comité central:

« Considerando que la situación reclama medidas rápidas: que de todos lados en los mandos superiores, continuando los errores del pasado, por su inacción, han traído el actual estado de cosas: que la reacción monárquica ha impedido hasta ahora con la revolución las elecciones que habrían constituido el solo poder legal de París; el Comité decreta por consiguiente, que: los poderes militares de París están entregados á los delegados Brunel, Eudes y Duval, que tendrán el título de generales y obrarán de acuerdo, hasta la llegada del general Garibaldi, aclamado como general en jefe. — Valor todavía y siempre, y los traidores no conseguirán sus fines. ¡ Viva la República! »

El almirante Saisset habia dado entre tanto esta proclama:

« Ciudadanos:

» Me apresuro á poner en vuestro conocimiento que de acuerdo con los diputados del Sena y los alcaldes elegidos por París, hemos obtenido del gobierno de la Asamblea nacional:

- » 1º El reconocimiento completo de vuestras franquicias municipales.
 - » 2º La elección de todos los oficiales de la guardia nacional, comprendido el general en jefe.
 - » 3º Modificaciones á la ley de vencimientos.
 - » 4º Un proyecto de ley sobre los alquileres, favorable á los inquilinos hasta el alquiler de 4,200 francos.
- » Esperando que confirmeis mi nombramiento ó que me reemplacéis, permaneceré en mi puesto de honor para vigilar la ejecución de las leyes de conciliación que hemos logrado obtener y contribuir de este modo á la consolidación de la República.

» El vice-almirante, comandante en jefe provisional,
» SAISSET. »

Esta proclama no surte efecto en vista de la decisión tomada para proceder á las elecciones, y bajo este concepto el almirante Saisset declara que su misión ha concluido y se retira á Versalles.

DOMINGO 26 DE MARZO.

Las elecciones no dan lugar á ningun incidente notable. Muchas abstenciones: la lista del Comité central salió casi completa. (En nuestro número 952 hemos publicado el resultado).

LÚNES 27 DE MARZO.

El Comité central declara terminada su misión dando gracias á los batallones de la guardia nacional que le han secundado.

En este día el *Journal Officiel* publica un artículo relativamente á la presencia del duque de Aumale en Versalles, que dice así:

« Se nos asegura, sin que la noticia tenga nada de oficial, que el duque de Aumale se encuentra en Versalles. Si esto es cierto, prueba que este duque no ha dado con un ciudadano desde Burdeos á Versalles.

» Por hechos parecidos á este se comprende el débil estado en que se halla el sentido moral y cívico. En las repúblicas antiguas el tiranicidio era la ley. Ahora una pretendida moral dá el nombre de asesinato á este acto de justicia y necesidad.

» A los seres corrompidos que se gozan viviendo en la podredumbre monárquica, y á los intrigantes que de ella se nutren, se afilia el grupo de los ignorantes sentimentales.

» Estos declaran que los infelices príncipes no son responsables de los crímenes de sus padres, de su nombre, de su familia, como lo sería el hijo de Troppmann.

» Sin duda olvidan que el hijo del presidiario no es condenado por la opinión pública sino cuando él mismo es criminal; pero con justo motivo inspira desconfianza aquel cuya juventud ha tenido que sufrir la influencia de tan malos ejemplos, y cuya educación primaria ha sido dirigida por semejante profesor.

» Asimismo un príncipe, hijo de príncipe, que sigue dándose este nombre y que, como el de Aumale en cuestión, se atreve á promover en el seno de la Francia republicana la cuestión monárquica y la candidatura de su familia, excita nuestra cólera y reclama nuestra justicia.

» Y aun cuando estos príncipes que anhelan oprimirnos con su yugo, hubiesen sido iluminados por el génio de la revolución, deberían comprender que no deben hacerse agentes de discordias y de guerras civiles, y condenarse á sí mismos y dirigirse á una región lejana para expiar la desgracia y la vergüenza de su nacimiento.

» Porque no basta que se digan sin ambición (nos acordamos de los juramentos y protestas de Bonaparte), suponiendo fuesen sinceros, su nombre, su presencia sería explotada por los que la ambición, el interés y la intriga une á su fortuna, y cualquiera fuese la voluntad del príncipe, su influencia nefasta sería la misma.

» Lo mismo que en el órden inalterable de cosas se elimina todo elemento discordante, y nada contrario al equilibrio puede prevalecer, lo mismo en la sociedad, todo objeto de alteración en el órden moral, todo obstáculo á la realización del ideal de justicia, tras el que marcha la revolución, debe romperse.

» La sociedad no tiene mas que un deber para con los príncipes: la muerte. Tan solo debe cumplir una formalidad: la prueba de la identidad. Los Orleans están en Francia; los Bonapartes quieren venir: ¡ que los buenos ciudadanos se pongan de acuerdo!

» ED. VAILLANT. »

MARTES 28 DE MARZO.

Se proclama el resultado de la votación con gran solemnidad en el Hotel de Villa.

MIÉRCOLES 29 DE MARZO.

En su sesión de instalación la *Commune* de París declara que la guardia nacional y el Comité central son beneméritos de la patria y de la República.

Preside la sesión el ciudadano Carlos Beslay, presidente, quien pronuncia el siguiente discurso:

« Ciudadanos:

» Vuestra presencia aquí prueba á París y á la Francia que la *Commune* municipal está fundada y el libertamiento del municipio de París, es sin duda alguna el de todas las municipalidades de la República.

» Hace cincuenta años que los secuaces de la antigua política nos mecían con las grandes frases de descentralización y de gobierno del país por el país. Frases pomposas que nada nos han dado.

» Mas valerosos que vuestros antecesores, habeis hecho como el sabio que marchaba para probar el movi-



MEZIERES DESPUES DEL BOMBARDEO. —La Catedral.

miento, habeis marchado adelante y puede esperarse que la República os siga.

Este es en efecto el remate de vuestra pacífica victoria. Vuestros adversarios han dicho que atacábais á la República, y respondemos que hemos hecho con ella como el labrador con la estaca que clava profundamente en la tierra.

» Sí; por la libertad completa del Municipio la República va á echar raíces en nuestro suelo. La República no es hoy lo que fué en los grandes dias de nuestra revolucion. La República del 93 era un soldado que para combatir en el interior y el exterior, tenia necesidad de centralizar bajo su mano todas las fuerzas de la patria; la República de 1871 es un trabajador que tiene ante todo precision de libertad para fecundizar la paz.

» ¡Paz y trabajo! Hé aquí nuestro porvenir. Hé aquí la seguridad de nuestra revancha y de nuestra regeneracion social; y comprendida así, la República puede hacer aun de la Francia el sosten de los débiles, la protectora de los trabajadores, la esperanza de los oprimidos del mundo, el fundamento de la República universal.

» La emancipacion del Municipio es por lo tanto, lo repito, la franquicia de la República; todos los grupos sociales van á encontrar su total independenciam y su completa libertad de accion.

» El Municipio se ocupará de los asuntos locales.

» El departamento, de los hechos departamentales.

» El gobierno, de los negocios nacionales.

» Y digámoslo altamente, el Municipio que fundamos será un modelo que promete trabajo, orden, economia, honradez, severo exámen; Paris no encontrará nunca en el ayuntamiento republicano fraudes de 400 millones.

» El gobierno, reducido de este modo á la mitad de sus atribuciones, no podrá ser mas que el mandatario dócil del sufragio universal y el guardian de la República.

» Esta es, mi opinion, ciudadanos, la senda que debe seguirse: entrad en ella con valor y resolucion.

» No traspasemos este límite fijado por nuestro programa, y la nacion y el gobierno aplaudirán con placer, esta revolucion tan grande cuanto sencilla y que será la mas fecunda de nuestra historia.

» En cuanto á mí, ciudadanos, considero como el dia mas feliz de mi vida este que es para nosotros el dia de salvacion al que he podido asistir. Mi edad no me permitirá tomar parte en vuestros trabajos como miembro del Municipio de Paris; mis fuerzas vendrian con frecuencia mi deseo y necesitais vigorosos atletas. En el interés de la propaganda, me veré pues obligado á dar mi dimision, pero estad seguros de que á vuestro lado siempre moralmente, os seguiré prestando segun mis fuerzas, mi con-



MEZIERES DESPUES DEL BOMBARDEO. — El altar mayor de la catedral.

curso adicto, y serviré como vosotros la santa causa de la República.

» ¡Viva la República! ¡Viva la Commune!»

(Se continuará.)

El bombardeo de Mezieres.

El 16 de noviembre Mezieres estaba casi completamente sitiado por los prusianos, y ya se habian cambiado cañonazos entre los sitiadores y los valientes defensores de la plaza fuerte. Mezieres tiene una poblacion que apenas llega á 6,000 almas; pero la fortaleza es de primera clase.

tenian otra artillería que la de campaña; pero despues de la rendicion de Montmedy los setenta gruesos cañones que habian tenido para el bombardeo de esta plaza fueron enviados contra la de Mezieres.

Eran piezas enormes que lanzaban proyectiles de 55 centímetros de largo y de 136 libras de peso. Paris conoce esos proyectiles porque los ha oido silbar repetidas veces y ha visto sus efectos, que en Mezieres fueron terribles.

Las tres cuartas partes de la ciudad quedaron destruidas.

Techos hundidos, paredes abiertas y destacando en el cielo sus lamentables perfiles; casas aplastadas, reducidas á montones de escombros; aquí un pedazo de cocina con algunas sartenes, allí un pedazo de sala, en lo alto una chimenea, abajo un cuadro; en ese ángulo un mueble sostenido por un milagro de equilibrio y que parece á punto de desplomarse para ir á aumentar las ruinas; vigas, piedras, ferretería, restos de toda clase... ¡Era un espectáculo espantoso!...

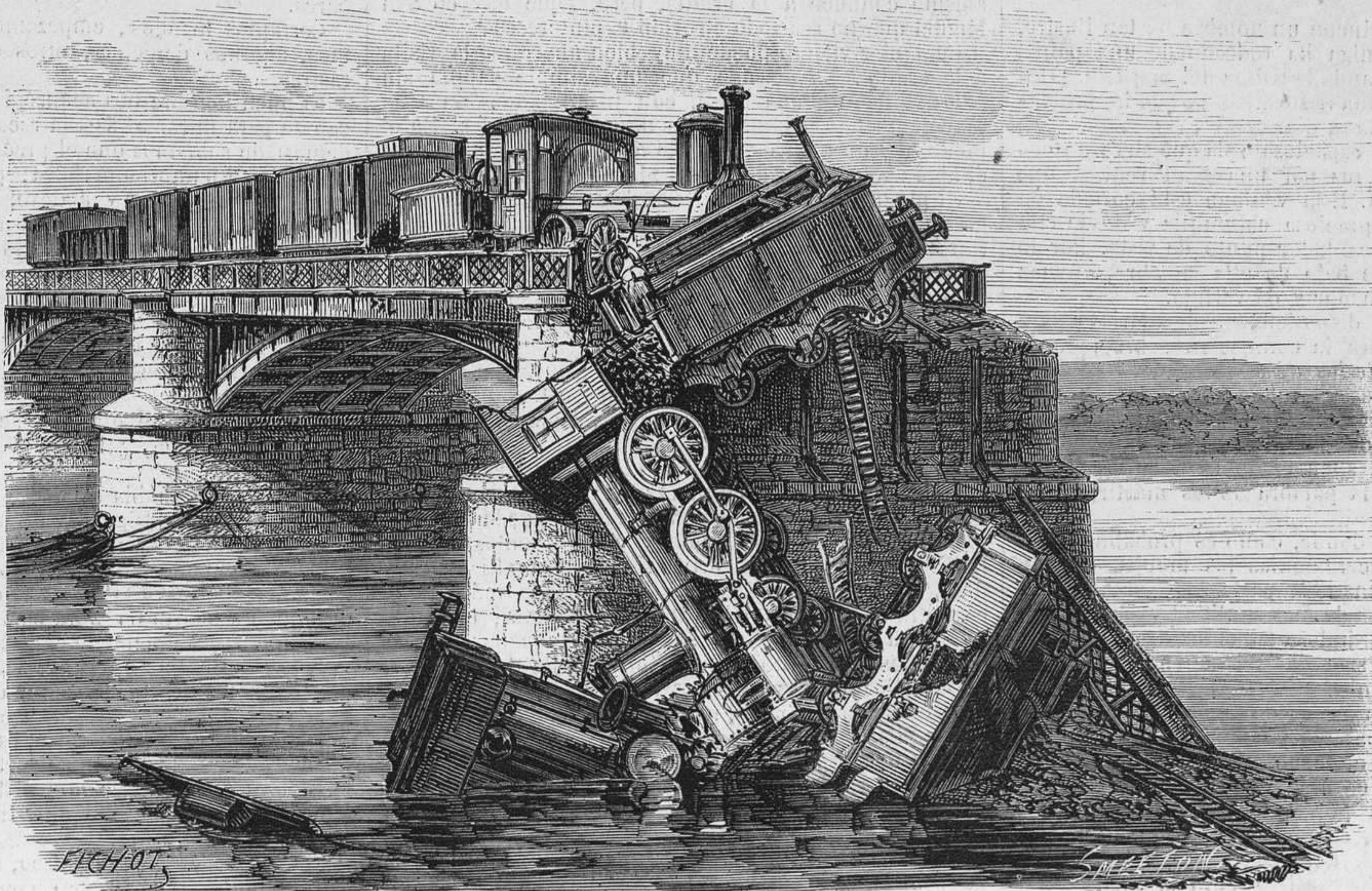
Naturalmente, los pocos monumentos que habia en la ciudad tambien han sucumbido.

El cuartel, el hospital, las casas consistoriales, la prefectura recibieron su parte correspondiente en aquella abundante distribucion de proyectiles, no menos que la iglesia.

¿Cómo habian de tener consideracion con esta iglesia los que no la tuvieron con la catedral de Estrasburgo?

Sí, la iglesia ha recibido tambien terribles heridas. Mas de una de las hermosas vidrieras de los siglos XV y XVI, ha sido hecha pedazos; su campanario del año 1626 ha conocido las bombas prusianas de 1870 y el famoso proyectil incrustado en la bóveda desde el sitio de 1815 ha visto llegar otros que han estallado dentro de las naves.

¡Tantas ruinas en tan corto espacio de tiempo! El bombardeo de Mezieres no ha durado mas de



MEZIERES. — El puente del Mosa; descarrilamiento de un tren prusiano.

treinta horas. Pero ¡qué bombardeo! Se cuenta que el cañoneo era tan terrible en las inmediaciones de la ciudad, que la población de los campos sobrecogida de espanto huía en todas direcciones. El suelo temblaba y en los lugares más próximos, como en Braux, los vidrios volaban en pedruzcos.

Finalmente, el comandante de Mezieres creyó que debía rendir la plaza aunque pasaba por inexpugnable, entregando al enemigo 2,000 prisioneros, entre ellos 98 oficiales, con más de 406 cañones.

El 2 de enero á las doce del día las tropas prusianas hicieron su entrada en Mezieres.

¡Un luto más para la Francia!

¡Qué contraste! Los prusianos avanzaban en filas compactas al son de los tambores, muy alegres, marcando bien el paso, en tanto que la población huía y trataba de esconderse.

El tiempo parecía asociarse á su dolor. Estaba nevando y por el cielo gris cruzaban bandadas de aves de rapiña... ¡Bien sabían que allí había cadáveres!...

También los prusianos se mostraban alborozados en torno de su águila de dos cabezas, porque veían el botín que les esperaba.

C. P. D.

Una expedición á San Miguel del Fay.

(Continuación. — Véase el número 953.)

Más arriba del soldado romano, en letras color de sangre, casi inmediata al techo, leímos claramente la siguiente inscripción, original según la firma, de un pintor retratista:

Maravillas ví
En país extranjero;
Pero aquí conocí
España ser el primero.

Tenorio el fabulista pidió una escalera y empuñándose hasta la inscripción escribió debajo:

Si retrata el retratista
Como escribe en español,
Juro á Vds. por el sol
Que será un primor de artista.

Hay allí en aquel miserable zaguan un número respetable de firmas, y de ilustres firmas. Es una bella colección de autógrafos. Parece que todos los viajeros se han dado la consigna de escribir su nombre al despedirse, en la humilde pared de la ermita. Es el mejor álbum que puede darse. En el centro leí:

Ví y admiré.

Jaime Tió.

También ví en otro rincón un nombre no tan ilustre, pero que una mano amiga ha rodeado de una palma trazada con lápiz, figurando la palma del martirio. ¡Oh! es una triste historia, una triste historia que he prometido á alguien contar algún día.

Pasamos luego á una espaciosa sala que sirve de comedor y que recibe la luz por una gran ventana que está junto al precipicio. Esta ventana está cortada en dos por una atrevida y graciosa columnita y desde ella se descubre el más encantador punto de vista. Por lo que toca al abismo que bajo de ella se abre, apenas puede mirarse, es fascinador y dá vértigo.

Diéronse todas las disposiciones necesarias para nuestro almuerzo y para la confección sobre todo de las ostras, *el manjar de los dioses*, y atravesando una especie de galería abierta en la roca, penetramos en una como catacumba labrada en el hueco del monte, melancólica y solitaria como una de esas antiguas criptas donde en medio del silencio de la noche resonaba misteriosa y fructífera la palabra de los mártires cristianos.

Si era en esta capilla donde, como es probable, celebraban sus religiosas ceremonias los monjes de San Victor, nunca en ninguna otra parte los sacros oficios se habrán visto rodeados de más santidad y poesía. Los misterios divinos celebrándose en el centro de las peñas, las voces de los sacerdotes resonando llenas de unción por aquellas sombrías bóvedas, los lamentos del órgano uniéndose á las quejas de la cascada... ¿puede darse nada más incomparable y bello?...

El agua rueda sobre el techo de la capilla subterránea y va á precipitarse en una especie de vasta concha, á la cual se puede salir por la boca de una oscura y húmeda cueva en que, según la tradición, estaba el santo que allí se venera. Esta cueva comunica con la iglesia por medio de una escalera. Para el que se halla en la boca de la caverna, bajo la capilla, en el vacío de la roca, el estruendo es horrible y el aspecto tiene mucho de aterrador. No se oye más ruido que el eterno

rumor del torrente 'retumbando sonoro y misterioso en aquellas profundidades, y todo el paisaje se vé á través de las nubes de polvorienta espuma que levanta la cascada al estrellarse furiosa contra el rellano para de allí bajar á formar vistosos juegos entre las peñas por las cuales se derrumba.

Nótase el más hermoso fenómeno los días en que el sol es bello y el cielo azul.

Delante de la cascada se despliega un embelesador arco iris que al dibujarse, aislado y aéreo, en las partículas más imperceptibles de la espuma, remeda una dulce y misteriosa visión ó el contorno de la flotante túnica de colores que envuelve á la sílfide moradora de aquellas aguas.

Volvimos á subir á la iglesia. Es sencilla y nada ofrece de particular al curioso. Frente á la puerta hay una simple lápida de mármol negro que recuerda estar allí enterrado el citado caballero don Guillermo Berenguer, muerto en 1037.

Al salir de la iglesia se penetra en el vacío de la roca, especie de camino subterráneo por encima del cual rueda incesantemente la voz atronadora del torrente que conmueve aquellas cavidades.

No se concibe como aquella bóveda filtrada por el agua que brota en todos los sitios, ha resistido durante tantos siglos al paso del torrente sin ceder á su peso.

En esa oscura y misteriosa gruta el agua ha ido trabajando la peña gota á gota, las yerbas y malas se han petrificado guardando sus mismos bordados y caprichos y en una especie de estanque formado naturalmente, el buen hombre guardador de San Miguel del Fay deposita diferentes objetos que después de algún tiempo el agua cubre con una capa petrífica y blanquecina, fenómeno que procede del mismo alveo. Como este se forma de piedras calcáreas lenticulares en perfecta descomposición, sus partículas pulverizadas se pegan á todas las materias que á él se arrojan; experimento en gran manera curioso que da nueva materia á los objetos, sin por esto variar enteramente su forma.

Así es que el huésped de San Miguel ha hallado medio de hacer una pequeña y segura especulación. Deja en la gruta varios objetos de barro, de vidrio, etc., vasos, cántaros, figuras, y cuando están petrificados los recoge y los vende á un precio bastante subido á los viajeros, sin que deje de tener buena salida su género.

Esta gruta forma una especie de balcón al cual puede uno asomarse, para desde su rústico antepecho, contemplar el rellano donde en considerable y compacta masa salta con tanta furia la cascada, que difícilmente puede medir un bastón la profundidad del hoyo que durante tantos siglos ha abierto en la roca.

Al extremo de este corredor el guía abrió una puerta baja empotrada en la roca, y saliendo por ella nos encontramos en el campo y en el umbral de un sendero que costea el abismo.

— ¿Dónde vamos ahora?

— A la ermita y á las grutas, contestó el guía.

XI.

LAS GRUTAS.

Pintoresco y atrevido es el sendero que costea el abismo conduce á la ermita, pero, ¿qué hay en San Miguel que no sea todo atrevido y pintoresco?

Cualquier viajero puede muy bien ahorrarse la visita á la ermita. Es no más que una simple capilla sin adornos de ninguna clase, con inscripciones de toda especie hechas al lápiz en sus desnudas paredes. En el fondo hay un altar consagrado á San Miguel y junto á él algunos ex-votos debidos á piadosos romeros.

Al pié de la ermita abierta en la roca está la primera gruta, cuya boca es tan baja y estrecha que casi para introducirse es preciso ponerse á rastras. Diríase que la naturaleza ha construido á propósito esta incómoda puerta, para que nadie, aun cuando sea el mayor potentado de la tierra, pueda penetrar por ella con la frente erguida y altanera.

Tiene la gruta cuatro ó cinco divisiones: en ellas no hay nada admirable ni sublime porque todo es portentoso. La impresión que causa supera á todo lo que decirse pueda.

Fecunda é inesperada ha sido la naturaleza en la decoración de semejante maravilla. Cuantos caprichos puede el arte concebir, cuantos delirios pueda la inspiración soñar, cuantas visiones calenturientas puedan bullir en la mente del artista, todo está allí confundido, reunido, aglomerado bajo aquellas bóvedas; todo está allí, en aquellos palacios de estaláctitas; todo está allí en aquellos arábigos salones, en aquellas poesías completas de granito, en aquellos follajes de filigrana, en aquellos encajes y gorjeos y florituras de piedra.

Sus delicadas labores, sus preciosas molduras, sus esbeltos pilares, sus graciosos rosetones revelan la más rica, la más espiritual de todas las arquitecturas, la arquitectura de la naturaleza, la arquitectura de Dios.

Por varias aberturas practicadas en la roca recibe la gruta una luz poética y melancólica que da un baño de rosa á su recinto, mientras que á veces un dorado rayo de sol introduciéndose furtivo para jugar con aquellos caprichos de piedra, hace chispear las paredes como si estuviesen vestidas con tapices de diamantes.

Millares de nombres hay escritos en la gruta. En la

punta de una roca todavía hallé estos versos trazados por mi mano casi infantil:

Tantas maravillas leo
Absorto, confuso y loco,
Que veo lo que no creo
Y no creo lo que toco.

Podrán estos versos no valer nada, pero los saludé con lágrimas en los ojos y los leí con respeto. Ellos hicieron pasar ante mí en un momento y en óptico panorama, como una procesión de fantasmas, toda la larga hilera de mis días de infancia, de mis días de sol envueltos en sus flotantes sudarios de amor y de poesía... Malos pueden ser los versos, ¡pero benditos sean!

El guía que nos acompañaba nos dijo que hacia dos ó tres años había descubierto por casualidad otra gruta mucho más maravillosa. Ofrecióse á acompañarnos y no hay que decir si aceptamos la oferta.

Volvimos por el mismo camino, entramos de paso en la casa con objeto de proveernos de antorchas indispensables para la visita que íbamos á hacer, y emprendimos en sentido inverso la senda que nos había conducido al santuario. Esta senda está en su extremo orillada de álamos gigantes cada uno de cuyos troncos está acribillado de nombres.

Mientras seguimos este camino todo fué perfectamente. Tuvimos que saltar varios barrancos, alguno de nosotros midió el suelo con su cuerpo, nos vimos precisados á vadear un arroyo que dejó inútiles nuestros pantalones é inservibles nuestras botas, pero lo pintoresco de los sitios que atravesábamos, hacia que tomásemos en bien todas esas pequeñas miserias.

Llegó un momento, sin embargo, en que nos encontramos al pié de una escarpada montaña, muralla del precipicio, sobre el cual se inclina como gigante encorvado y atraído insensiblemente por el vértigo fascinador que diz poseen ciertos abismos.

Allí todo camino desaparece. Nos hallábamos detenidos por la masa de la montaña. ¿Por dónde dirigirnos? Bajar al abismo en cuyo fondo muje el torrente era materialmente imposible, subir ó mejor trepar por la montaña era terriblemente peligroso. Volvimos la vista en todas direcciones y ninguna senda se nos ofreció. Sin embargo, estábamos en el país de las maravillas. Acaso nuestro guía como Ali Baba poseía el secreto de unas palabras mágicas con que hacer dar vuelta al eje invisible de una roca misteriosa y hacer brotar á nuestros mismos piés la abierta roca de una caverna subterránea.

Todos fijamos pues los ojos en el guía. Su rostro estaba impasible.

De pronto, como si fuera una cabra montés, empezó á trepar por el monte que nos había parecido inaccesible.

Nosotros le miramos hacer sin movernos del sitio donde estábamos. Creímos por un momento que se dirigía á abrir la entrada del palacio subterráneo; sin embargo á los pocos pasos se volvió, y nos preguntó lo más naturalmente del mundo, cómo es que no le seguíamos.

¡Seguirle! Nos miramos unos á otros.

¡Seguirle! ¿Cómo? ¿por dónde?

Desgraciadamente el amor propio tiene un aguijón tan fino como la flecha más sutil de los indios malabares.

Cerramos los ojos, empezamos á trepar y le seguimos, algunos derechos, otros encorvados, los más á rastras.

El buen hombre nos aconsejó que no volviéramos la cabeza para mirar atrás; la recomendación era inútil; demasiado sabíamos que el precipicio abría bajo nuestros piés su hambrienta boca, pronta á atraernos con su aliento fascinador y á devorarnos en seguida. Sentíamos rodar largo rato por la montaña y caer después en el agua con un ruido aturdidor las piedras que nuestros piés desgajaban. Aquellas piedras nos indicaban el camino que podían seguir nuestros cuerpos al menor descuido.

— Oiga Vd., buen hombre, le grité al guía, ¿y no hay otro camino que conduzca á la gruta?

— No hay otro.

— Y diga Vd., el día que se vino Vd. por aquí y descubrió la gruta, ¿llevaba Vd. acaso intención de suicidarse?

— No, señor, había salido de paseo.

— ¡De paseo! ¡Digo con los paseos del guía!

— ¡La gruta! exclamó el buen hombre.

Nos detuvimos; teníamos todos las manos ensangrentadas de cogernos á las rocas y pálido el rostro de haber durante un cuarto de hora balanceado nuestro cuerpo por encima del precipicio. Entonces fué cuando miramos el camino que habíamos seguido; nos asustó; podíamos matarnos no una sino cien veces. Lo que más coraje nos dió fué el encontrarlos junto á la cascada y á tiro de piedra del santuario, es decir, casi en el mismo sitio de donde habíamos partido. La disposición del terreno es tal, que por una distancia de veinte pasos habíamos tenido que emplear tres cuartos de hora de camino, y ¡qué camino!

— Es un camino pintoresco, dijo el pintor.

— Es un camino asesino, contestó el rentista.

Yo no dije nada, pero guardé para esta ocasión el aconsejar á los viajeros que vayan á San Miguel del Fay, que ahuyenten toda intención de visitar la nueva

gruta mientras no conduzca á ella un nuevo camino. Ya estaban encendidas las antorchas, penetramos en el interior.

Es de un efecto maravilloso. Al rededor de nosotros, encima de nosotros, debajo de nosotros, detrás de nosotros, se presentaban portentos de los que ninguna descripción sería capaz de dar una idea ni aproximada siquiera, y ante los cuales el mismo pincel, ese gran traductor de las maravillas de la naturaleza, quedaria impotente.

No son como en la primera gruta estalácticas de color rojizo, son extensos cortinajes de todos colores entre los que domina el ceniciento de mármol. Por lo demás, de todas partes cae agua, en una lluvia copiosa y completa, y el viajero sale como de un baño. La antorcha refleja admirablemente en aquellos mármoles tan puros, en aquellos jaspes tan preciosos, en aquellos intercolumnios tan severos, en aquellos pilares tan esbeltos y tan graciosos. Visitando esta gruta es como verdaderamente se comprende la expresión del poeta, cuando exclama ante una cosa parecida: «Es una gran sinfonía de piedra.»

VICTOR BALAGUER.

(Se continuará.)

El alquimista del siglo XIX.

I.

En una de las calles mas estrechas, mas oscuras y mas sucias del cuartel del Temple, en Paris, se distingue todavía una casa grande, vieja, irregular y nada agradable á la vista, cuya antigüedad importa poco para la inteligencia de esta historia, pero que debe contar muchos siglos de existencia si se juzga por su construcción original, por sus picos negros y medio arruinados, y por aquel aire vetusto que solo el tiempo puede dar, y que un aficionado á medallas llamaria esplendor antiguo.

Un cuarto bajo de esta casa, oscuro y sin mas respiradero que una ventana que daba á un patio lleno de estiércol, y cuya atmósfera por lo tanto se componia de un aire fétido y corrompido, y que se alquilaba por la módica cantidad de 100 francos anuales, estaba ocupado hace algunos años por un hombre ya viejo, alto, delgado, con un color verdinegro, y con un aspecto miserable; de modo que mas de una vez la vecindad se habia entretenido en murmurar y hacer desfavorables conjeturas acerca de él y de su conducta. Sin embargo, como en la casa no habia porteros, ni criados, ni doncellas, muy poco era lo que se sabia de M. Robert, que así se llamaba el habitante de aquel reducido recinto: solo habian oído decir que era hermano de un célebre platero, y que él mismo habia ejercido mucho tiempo la misma profesion.

Cada vez que M. Robert, con un largo y antiguo leviton negro que llevaba frecuentemente, fuese invierno ó verano, atravesaba la calle, siempre pensativo, con un rostro arrugado y macilento, con un sombrero grasiento, que cubria apenas su calva cabeza, y sus bolsillos largos llenos sin saber nadie de qué, era el objeto de mil conjeturas, que parecia inquietar muy poco á aquel misterioso personaje.

Tenia este una hija que se llamaba Fani Robert; era una hermosa jóven de veinte años, tímida, reservada y modesta, tanto en sus modales como en su traje; trabajaba continuamente en hacer encajes, para lo cual decian que tenia una particular habilidad: solo salia de su casa para ir á llevar su trabajo á las personas que la empleaban, ó para comprar en la vecindad lo necesario para el gasto de la casa.

Se manifestaba con todo el mundo afable y cariñosa, pero si alguna frutera curiosa ó algun tendero hablador le hacian alguna pregunta sobre las ocupaciones de su padre, ó sobre su familia ó posicion, la jóven doncella suspiraba, bajaba los ojos con tristeza, y tomando lo que habia comprado se alejaba dando una respuesta cortés, pero que no explicaba nada de lo que sus interlocutores deseaban saber; de manera que formaban mil cuentos distintos, aunque todos absurdos.

Unos decian que el hombre del *leviton raído*, como le llamaban los mas, era un avaro que se habia retirado á aquella asquerosa habitacion para gastar lo menos posible, y conservar intactos los inmensos tesoros que habia acumulado en su juventud, pues le habian oído hablar de millones, y de una dote abundante que tendria su hija.

Otros habian observado que toda la noche se veia luz por la chimenea de la casa, y que continuamente se oia el ruido de un yunque, por lo que pronunciaban muy bajo el nombre de monedero falso; otros menos maliciosos pensaban en consecuencia de estas ocupaciones nocturnas del antiguo platero, que trabajaria para alguno de sus antiguos camaradas, y les parecia esto mas probable, porque le habian visto salir alguna vez de los almacenes mas ricos de joyas y pedrería de la capital.

En cuanto á Fani, su edad, su modestia y su conducta debian haberla puesto al abrigo de los ataques de la maledicencia; pues su traje era sumamente sencillo y barato; las gorras que llevaba se las bordaba ella mis-

ma, y era irreprochable en su lenguaje, en sus costumbres, y sin embargo, no dejaban de menoscabar la reputacion de la tierna doncella, añadiendo que algunas veces se veia rondar la casa á un elegante jóven con bigotes y guantes amarillos, y de esto deducian consecuencias nada favorables para la inocente Fani.

Dejemos á un lado las habladurías de las vecinas del barrio, y penetremos en la pobre habitacion en que estaban reunidos el platero y su hija en una noche fria y silenciosa de invierno: decimos pobre, pero no del todo desnuda, porque se veian una infinidad de redomas rotuladas, crisoles de barro y botellas de vidrio.

Sobre una mesa de encina habia esparcido varios metales, minerales y cristalizaciones de todas clases.

En un rincon habia una pequeña fragua con su correspondiente fuelle, y un fuego vivo y animado que alumbraba la estancia mucho mas que la débil vela que se veia sobre la mesa. Sin embargo, en medio de aquel desorden no se encontraba ninguna herramienta ni instrumento que pudiese demostrar ser aquel un taller de platero, y que al ver á M. Robert flaco, pálido y asmático, despojado del miserable leviton que llevaba siempre, encorvándose hácia el fogon de su fragua, interin sus descarnados brazos agitaban sin cesar el fuelle, cualquiera hubiera creído contemplar en él uno de aquellos sabios alquimistas de la edad media, cuyos nombres terminan todos en *us*, y que consumian su vida buscando la piedra filosofal, y no á un honrado artesano del siglo XIX que trabajaba en hacer brazaletes, collares y pendientes para las hijas de Eva.

Al otro extremo de este laboratorio, estaba Fani sentada en una silla vieja, y teniendo delante una mesita que parecia pertenecerle exclusivamente, pues estaba llena de sedas, hilos y encajes: trabajaba con el mayor ahincó á la pálida y opaca luz de la vela, y solo interrumpia su tarea para calentarse las manos al fuego, pues el excesivo frio la imposibilitaba de poder continuar; tenia la papalina quitada, sin duda por la misma razon que el viejo Robert no llevaba su leviton, esto es, por economía; y solo levantaba sus lindos ojos cuando la impaciencia ó cualquier otro sentimiento arrancaba á su padre alguna brusca exclamacion.

— Yo te digo, Fani, que aquí ha venido alguno mientras he estado fuera, dijo el anciano con una voz entrecortada que le era peculiar, examinando un crisol cerrado herméticamente, que acababa de tomar de encima de la mesa; estoy seguro que alguno me espia secretamente y trata de descubrir mis secretos.

— ¿Y por qué suponeis eso, padre mio? dijo la tierna jóven, colorándose su rostro de un vivo carmin.

— Sí, sí, estoy cierto que ha entrado alguien durante mi ausencia, repitió Robert, porque estoy muy persuadido que tú no te atreverias por nada en el mundo á tocar mis crisoles; sin embargo, este ha sido abierto por algun curioso. Con que hija mia, dime ¿quién ha entrado?

Fani se turbó.

— Padre mio, os aseguro...

— No mintais, dijo el anciano con tono severo: yo encontraré quizá alguna prueba de la visita de este desconocido.

Y al decir esto dirigió por toda la estancia una mirada escudriñadora: de repente se arrojó hácia un guante amarillo que habia sobre la mesa.

— ¿De quién es este guante, señorita? preguntó con voz amenazadora.

— Padre, mio sin duda... será mio.

— No, no es tuyo, y es preciso que sepa yo al instante á quién pertenece.

Fani se arrojó á sus piés y le dijo con terror:

— Padre mio, yo os lo diré; pero no me riñais.

— Veamos, dijo con ansiedad Robert.

— Es de mi primo Federico.

— ¡Siempre él! dijo Robert, arrojando el guante con desprecio: y bien, señorita, ¿por qué recibís á vuestro primo durante mi ausencia, cuando sabeis que os lo tengo prohibido expresamente?

— Pero padre mio, ¿os olvidais acaso que ha sido el amigo de mi niñez, desde que os asociásteis con mi tio, y cuando los dos érais ricos? Federico desde entonces no ha cesado de amarme, y si vos no le hubiésteis echado de aquí dos veces...

— ¿Y crees tú que no tenia razones muy fundadas para ello? dijo el viejo platero con calor; él es hijo de un hombre que ha tratado de hacerme pasar por loco, y de impedirme que prosiguiera en mis descubrimientos; es hijo de un hombre que ha sido tan insensato, que me ha rechazado con desprecio cuando le ofrecia millones en cambio de algunas frioleras. ¿Crees que esas no son razones mas que suficientes para que yo no quiera ver jamás á mi hermano ni á nadie que descienda de él? ¿Tengo acaso necesidad que vengan á insultar mi miseria con su opulencia? Pero si el inmenso proyecto que tengo entre manos tiene buen éxito...

— Padre mio, Federico no tiene tan mal corazon como su padre; si supiérais cuánto siente el triste estado en que nos hallamos, exclamó la jóven con vivacidad. Hace algunos dias que al ver la pobreza con que visto se le saltaron las lágrimas; despues me preguntó si se habian agotado ya nuestros recursos y me ofreció...

— Pero tú nada aceptarías, ¿no es verdad? interrumpió el anciano con un acento de cólera.

— Nada, nada; ya sé que prefeririais antes moriros de necesidad que recibir nada de vuestra familia, y yo... debo seguir vuestra suerte.

— No, no moriremos, hija mia, le dijo Robert con dulzura, viviremos y quizá seremos los mas ricos del universo.

Fani suspiró y volvió á sentarse en su silla; su padre puso el crisol en la fragua, y se puso á soplar con ardor; pasóse así un rato, en el que solo se oia el ruido de la llama agitada y el chisporroteo del carbon.

— Fani, dijo el anciano interrumpiendo su faena de nuevo: es preciso que me prometas no volver á ver á tu primo.

— ¡Padre mio!

— ¿Es decir, que tú quieres tener por amigos á los que son mis enemigos?

— ¡Ah, si supiérais!...

— ¡Qué!...

La tierna jóven titubeó un momento, y despues fué á arrojarle á los brazos de su padre, diciéndole con la mayor connoccion:

— Es que yo le amo con toda mi alma.

— Tú le amas, dijo Robert pensativo y dejando el fuelle, tú le amas. ¡Pobre niña! ¿Y él?

— ¡Oh! él tambien me ama. ¿Olvidais acaso que antes de la fatal disputa que tuvisteis con mi tio, nós habiais destinado el uno para el otro? Federico se acuerda todavía, padre mio, y sin embargo de lo pobre que soy ahora, si vos consentís...

— No, de ningun modo, exclamó Robert con precipitacion: Federico es rico, muy rico, y no quiero que pueda jamás figurarse que te hace un favor casándose contigo. Solo, añadió con tono reflexivo y pensando las palabras, podia verificarse... si mis cálculos no saliesen fallidos... en fin, veremos.

— ¡Con que dariais vuestro consentimiento para nuestro matrimonio! dijo Fani arrojándose en los brazos de su padre; ¡con que seré la esposa de Federico, á quien tanto amo y de quien soy tan amada! pero decidme, padre mio, ¿cuánto tiempo tendremos que esperar?

— Es preciso, hija mia, aguardar á que tú puedas llevar á tu primo una dote brillante; es preciso aguardar hasta que tus riquezas le hagan avergonzarse de su mezaquina opulencia; en fin, hasta que yo descubra el secreto que hace tanto tiempo busco: el arte prodigioso de hacer el diamante.

A esta promesa, que al viejo Robert le parecia que debia realizarse muy pronto; pero que para la pobre Fani era una negativa absoluta, se alejó segunda vez tristemente de su padre, y volvió á ponerse á su trabajo. El platero reanimó el fuego de su fragua que durante el anterior diálogo se habia casi apagado, y mientras soplabla con el fuelle continuó:

— ¿Por qué dudas del éxito, Fani? No debes desesperar, pues casi todos los sabios han creído en la posibilidad de hacer diamantes, y yo ahora mas que nunca estoy convencido...

— Pero padre mio, Federico me ha dicho siempre que era imposible encontrar ese secreto que tantos inútiles afanes os cuesta, y añadió que os pareciais á uno de aquellos hombres que vivian hace siglos, y que les llamaban...

— ¡Alquimistas! interrumpió el viejo Robert con tono de desprecio: ¿No es ese el nombre con que el señor Federico me califica? Necio: esos alquimistas, Fani, querian hacer oro con una infinidad de cuerpos esparcidos con profusion por la naturaleza: esto era verdaderamente una utopia, pues el oro es un cuerpo simple, y por consiguiente no puede analizarse; una molécula de cobre será siempre una molécula de cobre, y nunca podrá convertirse en una molécula de oro. Es preciso confesar que los antiguos eran muy ignorantes; pero el diamante es otra cosa muy distinta, porque no es mas que el carbono cristalizado: todo el problema para fabricarlo consiste en cristalizar el carbono, y en encontrar el medio que emplea la naturaleza para verificar la cristalización y el cuerpo de que se vale como agente. Yo he combinado ya el carbono con mas de ochocientos cuerpos distintos, tanto simples como compuestos, y solo me faltarán ya otros tantos para haber recorrido todos los que la naturaleza emplea probablemente para la formación de las piedras preciosas. Ya ves que no estoy lejos de hacer el descubrimiento, y quizá de un momento á otro...

— ¿Pero cuánto tiempo habeis empleado en los primeros trabajos? le preguntó Fani fijando en él sus hermosos y tristes ojos negros.

— Veinte años, hija mia; pero veinte años bien penosos, respondió Robert, tosiendo de un modo que manifestaba lo quebrantada que estaba su salud por aquellos inmensos trabajos. Cuando me separé de mi hermano hacia ya mucho tiempo que estaba trabajando para conseguir lo que anhelaba.

— Y sin duda necesitareis otros veinte años para que os convenzais de lo inútiles que son todas vuestras pesquisas, respondió Fani tapándose el rostro para ocultar sus lágrimas.

— ¡No, hija mia, no! exclamó el viejo alquimista, es preciso no pensar tan tristemente; esta noche, ó mañana al abrir el crisol puede que encuentre en el fondo lo que con tanto afán busco. Mira, añadió con viveza, señalando al crisol que tenia en la fragua; nuestra fortuna y nuestra felicidad, quizá están ya aquí dentro: he puesto en este crisol un pedazo de carbono que si se cristaliza será un diamante mayor que todos los conocidos hasta ahora. Entonces, hija mia, todos los reinos de Europa se empeñarán á porfia en adquirir mis diamantes, y podrás casarte hasta con un príncipe; y yo sobre una carroza derramaré miradas de desprecio á los que se han burlado de mí y me han desconocido, y podria disponer con mis inmensas riquezas, en este siglo mercantil, hasta del universo.

(Se continuará.)

Las cercanías de Paris despues del sitio.

EL REGRESO Á LA CASA ABANDONADA.

Sabido es que cuando se acercaron los prusianos á Paris, los habitantes de las afueras abandonaron sus casas para refugiarse á la capital, donde han vivido encerrados tantos meses, donde han sufrido tantas privaciones, tantas miserias.

¡Abandonar la casa en que se ha vivido, en que se ha nacido quizás! ¡qué dolor tan grande! Y sin embargo, no hubo mas remedio; preciso fué dejar al enemigo lo que habia en la casa y no podia trasportarse facilmente, así como el jardín con sus árboles, sus plantas, sus flores, que hacian las delicias de toda una familia y eran la envidia de los aficionados á la vida campestre.

La ansiedad durante los cinco meses pasados en Paris ha sido terrible, y así sucedió, que en cuanto estu-

vieron libres las comunicaciones, los refugiados se apresuraron á dejarnos.

¡Qué temores les asaltaron en el camino!

— ¿Cómo encontraremos la casa? se decian.

¡Ay! Muchos debian encontrarla como se ve representada en nuestro dibujo; convertida en un monton de ruinas.

En Saint-Cloud, en Garches, en Bondy, en Choisy-le-Roi el espectáculo es el mismo. Los mas favorecidos se consideran dichosos con haber perdido solo sus muebles y viendo las paredes en pié dan gracias á Dios fervorosamente.

Pero ¡qué desesperacion para los otros!

Uno hemos visto que buscaba á derecha é izquierda como un loco entre los montones de escombros.

— ¿En dónde está mi casa? decia; yo la dejé aquí y no la veo... ¿En dónde está mi casa?...

Y otro exclamaba:

— ¡Pobre casa mia! ¿qué han hecho de ella? Una criba, un encaje, ¡Ay! me han matado á mí destruyendo mi casa... Ya nada tienen que hacer conmigo sino enterrarme.

¡Y todo esto por la voluntad de un hombre! ¡Qué de maldiciones merece la guerra!

C. P. D.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion. — Véase el número 953.)

— ¡Agita con estruendo la puerta! exclamó el bandido. Te llama. Esa voz... Ese grito... Es el que me cogió por el brazo en la carretera. ¿Es él?

La viuda habia caído de rodillas y permaneció en esta actitud moviendo los labios sin proferir sonido alguno.

Mientras el bandido la contemplaba sin saber lo que podia hacer para ocultarse, se abrió de par en par la



MEZIERES DESPUES DEL BOMBARDEO. — La plaza de la Iglesia.

ventana de la cocina. Coger un cuchillo de la mesa, escondérselo en la manga y huir al aposento inmediato, fué para el bandido obra de un momento, y Bernabé escaló entonces la ventana con una alegría triunfante.

— ¿Quién se atreve á dejarme en la calle con Gripp? dijo mirando en torno de la cocina. ¿Estais aquí, madre? ¿Cómo es que nos dejábais tanto tiempo lejos de la luz y del fuego?

La viuda balbuceó una excusa y le tendió la mano, pero Bernabé se arrojó en sus brazos y la besó mas de cien veces.

— Hemos estado en los campos, madre, saltando zanjas, encaramándonos por los árboles, bajando por las cuevas al través de los matorrales, y avanzando siempre con paso ligero. El viento soplabá, y los juncos y las matas se inclinaban y doblaban ante él de miedo, ¡cobardes! pero Gripp, el valiente Grihp ¡ja! ¡ja! ¡ja! que por nada seapura y que cuando el viento le arroja

en el polvo, se vuelve con ira para moderle, el valiente Gripp se ha peleado con cada rama que se inclinaba hácia él, pensando, segun me ha dicho, que le hacian burla, y las ha mordido como un perro de presa, ¡ja! ¡ja! ¡ja!

El cuervo que desde el cesto colocado en la espalda de su amo oía repetir con frecuencia su nombre con una voz acentuada por la viva alegría, manifestó su simpatía cantando como un gallo, y recorriendo sus diversas frases de conversacion con tal rapidez y tal variedad de sonidos roncós, que resonaban como los murmullos de una multitud.

— ¡Y si vierais qué cuidado se toma por mí! dijo Bernabé. ¡Ah! sí, se toma mucho cuidado por mí, madre. Vela mientras duermo, y cuando cierro los ojos para hacerle creer que estoy durmiendo, repite en voz baja alguna leccion nueva, pero sin perderme nunca de vista. Y si me ve reir se para de pronto para darme una sorpresa.

El cuervo se puso á cantar con una especie de transporte que decia claramente:

— Reconozco en verdad en lo que cuentas algunos rasgos de mi carácter.

Bernabé habia cerrado en tanto la ventana, y dirigiéndose á la chimenea, se preparaba á sentarse con la cara vuelta hácia el aposento; pero su madre se lo impidió, apresurándose á ocupar aquel sitio y diciéndole tomase el otro.

— ¡Qué pálida estais esta noche! dijo Bernabé apoyándose en su palo. Ya lo ves, Gripp; le hemos causado inquietud con nuestra tardanza.

¡Oh! sí, era grande su inquietud y le despedazaba el corazón. El bandido habia entreabierto la puerta del aposento donde estaba escondido y vigilaba de cerca al hijo de la viuda. Gripp, atento á todo lo que no podia ver su amo, sacaba la cabeza de la cesta, y respondia al espionaje del desconocido vigilándole con sus brillantes ojillos.



LAS CERCANIAS DE PARIS DESPUES DEL SITIO. — El regreso a la casa abandonada

— Bate las alas, dijo Bernabé volviendo el rostro con tal rapidez, que por poco vió la sombra que se retiraba y la puerta que se cerraba. Pero Gripp es bastante juicioso para agitarle sin motivo. Ya puedes salir, Gripp.

Aceptando esta invitación con un guiño que le era peculiar, el pájaro saltó sobre el hombro de su amo, desde allí á la mano y por fin al suelo. Bernabé se desembarazó de las correas de la cesta y la dejó en el suelo en un rincón con la tapa abierta. El primer cuidado de Gripp fué hacer caer esta tapa y colocarse después sobre ella, y creyendo sin duda alguna que sería ya impracticable para ningún poder humano volverle á encerrar en la cesta, imitó en su triunfo el chasquido de varias botellas al destaparse y lanzó otros tantos vivas.

— Madre, dijo Bernabé dejando en un extremo el sombrero y el palo y volviendo á sentarse en su silla, ¿quereis que os diga en dónde hemos estado hoy y qué hemos hecho?

La viuda tomó en su mano las de su hijo, y le hizo con la cabeza el ademán de consentimiento que no tenía fuerza para articular.

— No lo direis á nadie, dijo Bernabé levantando el dedo índice. ¿Es verdad que no lo direis? Es un secreto que solo sabemos Gripp, Hugo y yo. También estaba con nosotros el perro, pero no tiene tanta inteligencia como Gripp y nada ha advertido. ¿Por qué mirais por detrás de mí?

— ¿He mirado? dijo ella con voz débil. Ha sido una casualidad. Acércate, hijo mío.

— ¡Estais asustada! dijo Bernabé mudando de color. Madre, ¿no habeis visto?

— ¿Qué he de ver?

— Aquí no, aquí no está, ¿no es verdad que no está? respondió en voz muy baja, y acercándose á su madre le estrechó la mano. Temo que esté aquí, cerca de nosotros. Me haceis erizar los cabellos, y tengo todo el cuerpo horripilado. ¿Por qué mirais así? ¿Está en la sala como le he visto en mis sueños, pintando de color rojo el techo y las paredes? Decidme... ¿está aquí?

Al hacer esta pregunta se estremeció, y cubriendo con sus manos la luz, permaneció sentado, temblando de pies á cabeza hasta que desapareció la crisis. Algunos momentos después levantó los ojos y miró en torno suyo.

— ¿Ha desaparecido?

— No habia nadie, respondió su madre tranquilizándole. No hay nadie, querido Bernabé... ¿No lo ves? Solo estamos aquí tú y yo...

El idiota la miró con ademán distraído, y tranquilizándose por grados lanzó una loca carcajada.

— Pero veamos, dijo con aire pensativo, me parece que nosotros... ¿Érais vos y yo? ¿En dónde hemos estado?

— En ninguna parte mas que aquí.

— Sí, pero Hugo y yo... Sí, sí; Hugo del Maypole y yo, dijo Bernabé, por supuesto con Gripp, hemos estado de aecho en el bosque, entre los árboles que hay cerca del camino después de anocheado, con una linterna sorda y sujetando al perro para soltarlo cuando pasara aquel hombre.

— ¿Qué hombre?

— El ladrón, aquel á quien miran las estrellas guiñando. Le hemos esperado desde el anochecer durante algunas noches y le atraparemos. Le conoceria entre mil, madre. Mirad la facha que tiene ese hombre, mirad.

Y arrojándose el pañuelo en torno del cuello, se hundió el sombrero hasta los ojos, se embozó con su capote y se puso en pie delante de ella.

Era una copia tan perfecta del original, que el sombrío personaje que le examinaba por detrás de la puerta hubiera parecido su sombra.

— ¡Ja! ¡ja! ¡ja! le cogemos, exclamó quitándose el sombrero y el capote; le vereis madre, atado de pies y manos, y lo traerán á Londres amarrado sobre la silla de un caballo. Es muy probable que oigais hablar de él en el cadalso de Tyburn por poca fortuna que tengamos. Así lo asegura Hugo. ¿Cómo es eso? ¿Os habeis puesto pálida y estais temblando? ¿Por qué mirais así por detrás de mí?

— No es nada, respondió la viuda, no estoy buena. Vete á la cama, hijo mío, y déjame aquí.

— ¡A la cama! repuso el idiota. No me gusta la cama; prefiero acostarme delante del fuego y accehar las imágenes que se escapan de las ascuas brillantes; los ríos, las colinas, los valles que pinta de rojo el sol al ocultarse y las figuras extraordinarias. Además, tengo apetito, y Gripp no ha comido nada desde medio día. ¡Dadnos de cenar, Gripp, se va á cenar!

El cuervo batió las alas, y graznando para demostrar que estaba contento, llegó á saltitos hacia los pies de su amo, y permaneció allí con el pico abierto, dispuesto á tragar todos los pedazos de comida que le arrojaran. Recibió unos veinte sin que la rapidez con que se sucedieron turbase en nada su actitud.

— Ya tienes tu ración, dijo Bernabé.

— ¡Mas! ¡mas! gritó Gripp.

Pero como reconociese que no tenía que esperar mas, se alejó con su provision, y sacando uno por uno los pedazos del buche, fué á ocultarlos en diversos rincones, teniendo sumo cuidado sin embargo de alejarse del aposento donde estaba oculto el bandido por el temor de tentar su gula. Cuando terminó esta maniobra, dió una vuelta ó dos por la cocina afectando la mayor indiferencia, pero sin apartar los ojos de su tesoro, y después principió de pronto á sacarlo pedazo por pedazo de

los escondites y á comérselos con la mayor voluptuosidad.

Bernabé cenó con tanto apetito como Gripp. Durante la cena, habiendo acabado el pan se levantó para ir á buscarlo al aposento, pero su madre se precipitó á impedirle, y haciendo un esfuerzo, entró en el cuarto y trajo el pan.

— Madre, dijo Bernabé mirándola fijamente cuando se sentó á su lado al volver del aposento, hoy es mi cumpleaños.

— ¡Hoy! repuso ella. ¿No te acuerdas que era hace ocho días, y que antes que vuelva han de pasar el verano, el otoño y el invierno?

— Me acuerdo muy bien de todo eso, dijo Bernabé, pero creo que á pesar de todo es hoy también mi cumpleaños.

— ¿Por qué?

— Voy á decíroslo. Cuando llega el día de mi cumpleaños, no sé por qué, pero lo he advertido siempre, estais muy triste. Os he visto llorar cuando Gripp y yo estábamos muy alegres, y teniais la cara aterrada sin motivo alguno, y he tocado vuestra mano y he sentido que estaba muy fria. Una vez, madre, era también en uno de los días de mi cumpleaños, Gripp y yo pensábamos en esa tristeza después de habernos acostado, salimos para ver si estábais enferma y os encontramos arrodillada. No me acuerdo de lo que deciais. Gripp, ¿qué decía aquella noche?

— Soy un demonio, respondió al momento el cuervo.

— No es verdad, dijo Bernabé, pero deciais alguna cosa en vuestra oración, y cuando os levantásteis y disteis varios pasos por el aposento, teniais, como la habeis tenido siempre, madre, cuando se acerca la noche de mi cumpleaños, la misma fisonomía que tenéis ahora. Aunque soy loco, he hecho este descubrimiento. Digo, pues, que os equivocais, y que hoy debe ser mi cumpleaños, mi cumpleaños, Gripp.

El cuervo recibió esta noticia con tales graznidos que un gallo, dotado de mas inteligencia que todos los de su especie, no anunciaria el día mas largo con un canto mas sostenido. Y después de haber reflexionado para pronunciar á manera de brindis la frase que creía mas oportuna para celebrar un cumpleaños, gritó varias veces: «¡No tengas miedo!» y acentuó estas palabras batiendo las alas.

La viuda se esforzó en dar poca importancia á la observación de Bernabé, y trató de llamar su atención sobre otro objeto, cosa que era muy fácil.

Terminada la cena, el idiota, sin hacer caso de las instancias de su madre, se tendió sobre un banco delante del fuego, y Gripp se colocó sobre la pierna de su amo, repartiendo el tiempo entre el adormecimiento causado por el agradable calor y los esfuerzos para recordar una nueva frase que habia estudiado todo el día.

Siguió un largo y profundo silencio, interrumpido únicamente cuando Bernabé, cuyos ojos abiertos aun miraban fijamente el fuego, cambiaba de postura, ó cuando Gripp hacia algun esfuerzo mneumónico y decía de vez en cuando en voz baja: «Pepa, pon la caf...» y se paraba de pronto olvidando el resto de la frase.

Después de un intervalo, la respiración de Bernabé se hizo mas profunda y regular y sus ojos se cerraron por fin. Pero el cuervo volvió á decir: «Pepa, pon la caf...» y su amo se despertó.

Bernabé quedó por fin sumido en profundo sueño, y el pájaro con el pico apoyado en el pecho y los ojos brillantes que por momentos eran mas pequeños, pareció entregarse también al descanso. Únicamente de vez en cuando murmuraba con voz sepulcral: «Pepa, pon la caf...» como quien está aletargado y mas bien como un hombre borracho que como cuervo meditabundo.

La viuda, conteniendo el aliento por temor de despertarlos, se levantó de su asiento, y el bandido salió del cuarto y apagó la luz.

— ... ¡Etera en el fuego! gritó Gripp herido de una idea súbita y muy excitado... ¡etera en el fuego! ¡Pepa, pon la cafetera en el fuego, y tomaremos café! ¡Viva! ¡viva! ¡viva! ¡Soy un demonio! ¡soy un demonio, soy...! La cafetera! ¡Ea, ánimo! ¡No tengas miedo! ¡Coa! ¡coa! ¡coa! Soy un demonio, soy... La cafetera... Soy... ¡Pepa, pon la cafetera en el fuego, y tomaremos café!

La viuda y el desconocido permanecieron inmóviles como si hubieran oído una voz que saliera de un sepulcro.

Pero ni aun esto pudo despertar á Bernabé, el cual se volvió hacia el fuego y dejó caer el brazo en el suelo y la cabeza sobre el brazo.

Los dos miraron al idiota, se miraron mutuamente, y la viuda le indicó la puerta.

— Espera un momento, dijo en voz baja. Instruyes bien á tu hijo.

— No le he enseñado nada de lo que habeis oído esta noche. Salid al momento ó voy á despertarle.

— Eres libre de hacerlo. ¿Quieres que yo le despierte?

— No os atreveréis.

— Me atrevo á todo. Segun parece, me conoce, y yo también quiero conocerle.

— ¿Querriais matarle en su sueño? exclamó la viuda interponiéndose entre ellos.

— Mujer, respondió con furor reconcentrado, deseo verte de cerca, lo quiero. Si quieres que uno de nosotros mate al otro, despiértale.

Entonces se acercó, é inclinándose sobre Bernabé, le alzó con tanto la cabeza y le miró la cara. El resplan-

dor del fuego daba en ella de lleno, y se distinguían con claridad todas sus facciones.

Contempló aquel rostro un momento, y levantándose con precipitación, dijo al oído á la viuda:

— Acuérdate bien de lo que voy á decirte. Por él, cuya existencia he ignorado hasta esta noche, te tengo en mi poder. Mira bien lo que haces conmigo... ¡Ay de tí! Soy un miserable, me muero de hambre y vago sin cesar por la tierra, pero puedo conseguir una segura y lenta venganza.

— Hay en vuestras palabras un sentido horrible que no puedo profundizar.

— Pues su sentido es claro, y veo que lo profundizas bastante. Hacia muchos años que presentias lo que hoy sucede... tú misma lo has dicho. Reflexiona, pues, y no olvides mi advertencia.

Indicó con la mano á Bernabé, y saliendo de puntillas de la cocina, pocos momentos después se oyeron sus pasos en la calle.

La viuda cayó de rodillas cerca de su hijo, y permaneció en esta actitud como una mujer petrificada, hasta que las lágrimas, congeladas por el terror, brotaron copiosamente causándole un tierno alivio.

— ¡Oh! tú, exclamó, que me enseñaste un amor tan profundo por este único resto de las promesas de una vida feliz, por este hijo cuyo cariño es para mí el manantial de mi único consuelo, cuando veo en él un niño lleno de confianza en mí, lleno para mí de amor, sin llegar á ser nunca viejo ni frio de corazón, y condenado en la fuerza de la edad viril, como cuando estaba en la cuna, á necesitar mi solicitud maternal y mi apoyo, dignate protegerle durante su marcha oscura al través de este triste mundo, ó morirá y quedará destrozado mi pobre corazón!

XVIII.

El hombre que habia salido de casa de la viuda, desliziándose á lo largo de las calles silenciosas y eligiendo las mas sombrías y tristes, cruzó el puente de Londres, y al entrar en la Cité, se internó en las plazas apartadas, en los callejones y en los patios, sin otro objeto que el de perderse entre sus rodeos y burlar toda persecución si alguien seguía sus pasos.

Era media noche y todo estaba tranquilo. De vez en cuando los pasos de un watchman ó sereno medio dormido resonaban en la acera, por donde el encargado de los reverberos pasaba como el relámpago dejando en pos un pequeño reguero de humo que despedían los rojos pabilos de su antorcha encendida.

El desconocido se ocultaba hasta de los compañeros casuales de su solitaria correría, y guareciéndose bajo algun arco ó algun portal hasta que habian pasado, salía de allí con sigilo y seguía su marcha recelosa.

Hallarse solo y sin albergue en campo raso, oír gemir el viento, esperar el día durante toda una larga noche, oír caer la lluvia, y acurrucarse para librarse del frio en el retiro abrigado de alguna choza abandonada, en algun pajar desmantelado ó en el hueco de un árbol, es muy horrible; pero es aun mas horrible vagar por donde existen albergues, lechos, personas que descansan y duermen á millares, y ser una criatura sin asilo y rechazada en todas partes.

Pisar hora tras hora los empedrados sonoros contando el monótono campaneó de los relojes; observar las luces que centellean en las ventanas de los aposentos; pensar en el olvido feliz de la vida que encierra cada casa, y que hay allí niños, jóvenes, viejos, pobres y ricos gozando de la igualdad ante el sueño; no tener nada de comun con el mundo dormido en torno suyo, ni aun el sueño, don de Dios para todas las criaturas, y no conocer mas parentesco que la desesperación; sentirse, en fin, en miserable contraste con todo lo que le rodea, mas solo y mas proscrito que en un desierto, es un género de padecimiento que las ciudades populosas arrastran mas de una vez en sus oleajes y que solo puede nacer de la soledad en medio de la muchedumbre.

El desventurado recorrió en todas direcciones aquellas calles tan largas, tan monótonas, tan parecidas unas á las otras, y con frecuencia dirigió una mirada atenta hacia el Oriente, esperando ver los primeros fulgores del nuevo día; pero la noche obstinada guardaba aun en su poder al cielo, y no encontraba reposo la marcha inquieta é incesante del vagabundo solitario.

En una calle apartada brillaba una casa con el alegre resplandor de las luces, y se oían los acordes de la música y los pasos de los que bailaban, en medio de voces de alegría y mas de una carcajada. Para acercarse á algun punto donde no reinase el sueño, retrocedió varias veces, y mas de uno de los alegres convidados que salían de aquella casa cuando estaban en su apogeo el júbilo y la animación, sintieron helarse su buen humor al verle vagar de un lado á otro como un alma en pena.

Por último se retiraron todos, las puertas de la casa se cerraron, y la calle se abismó en el silencio, en la sombra y en la tristeza.

En su correría incierta llegó á la cárcel de la Cité, y en vez de alejarse apresuradamente de un edificio de tan funesto augurio, de un sitio que tenia motivos para evitar, se sentó en las escaleras de piedra de un portal, y apoyando la barba en una mano, contempló las paredes sombrías y desnudas como si ofrecieran un refugio á su desesperación. Dió varias vueltas en torno de este edificio, volvió á sentarse, y levantándose por fin á

impulso de una resolucion, atravesó con paso precipitado la plaza para acercarse hasta donde velaban algunos hombres en la portería de la cárcel; pero mirando en torno suyo, vió que asomaba la primera luz del dia, y abandonando su designio, volvió la espalda y huyó.

Muy pronto se encontró en el barrio que habia recorrido antes. Descendia por un callejon, cuando de una casa inmediata salieron báquicas aclamaciones, y aparecieron en un patio oscuro una docena de jóvenes gritando, llamándose unos á otros, y separándose con estrépito, tomaron diferentes caminos en pequeños grupos.

Con la esperanza de encontrar allí alguna taberna que le procurase un asilo seguro, entró en el patio cuando se alejaron los jóvenes, y miró en torno suyo para descubrir una puerta entreabierta, una ventana con luz ó algun otro indicio del sitio de donde salian aquellos jóvenes; pero todo se hallaba en una oscuridad tan profunda y tenia un aspecto tan siniestro, que llegó á creer que los mozalbetes solo se habian introducido allí equivocándose de camino y que retrocedian en el momento en que lo habian advertido. Con semejante opinion, y reconociendo por otra parte que no existia más salida que aquella por donde habia entrado, iba á volver atrás cuando de una verja situada casi á sus piés brotó de pronto una corriente de luz y el rumor de una conversacion.

El desconocido se retiró á un portal para acechar á los que salian, y mientras ejecutaba este movimiento, la luz llegó al nivel del piso del patio, y subió un hombre con una antorcha en la mano. Este personaje abrió la verja y la sostuvo levantada para dejar paso á otro, que apareció inmediatamente bajo la forma de un joven de pequeña estatura y aire petulante, vestido segun una moda muy antigua y con un lujo de mal gusto.

— ¡Buenas noches, noble capitán! dijo el hombre de la antorcha. ¡Adios, comandante! ¡Felicidades, ilustrado general!

El joven respondió á sus cumplidos mandándole que callase y guardase para sí tan ruidosos elogios, y le dirigió varias reprensiones con gran copia de palabras y una gran severidad de ademanes.

— Expresiones á esa Miggs cuyo corazon habeis traspasado, repuso el de la antorcha bajando de tono. Mi capitán aspira á un pájaro de mejor plumaje que las Miggs. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Mi capitán es un águila, y tiene su vista penetrante y sus alas.

— Sois un loco, Stagg, dijo Tappertit saltando al patio y frotándose las piernas para quitarse el polvo que habia recogido en su ascension.

— ¡Qué preciosas piernas! exclamó Stagg estrechándole una de sus pantorrillas. ¿Cómo se atreve una Miggs á pretender unas piernas hechas á torno como estas? No, no, mi capitán; robaremos las mozas damas y nos casaremos con ellas en nuestra secreta taberna.

— Tengo que haceros una advertencia, buen hombre, dijo Tappertit sacando su pantorrilla de las manos de Stagg, y es que no os tomeis conmigo tales libertades ni toqueis ciertas cuestiones sin que os autorice. Hablad solo cuando os hablen de ciertos asuntos reservados, pero de lo contrario... punto en boca. Tened la antorcha levantada hasta que haya salido del patio. ¿Me ois?

— Os oigo, noble capitán.

— Obedeced, pues, dijo Tappertit con altivez. ¡Señores, adelante... marchen!

Al pronunciar esta voz de mando, dirigida á su estado mayor imaginario, se cruzó de brazos y salió del patio con la dignidad de un general ó de un monarca.

Su obsequioso acólito permaneció en pié y con la antorcha levantada sobre su cabeza, y el espía vió entonces por primera vez desde su escondite que era un ciego.

Un movimiento involuntario del espía hirió el oido fino del ciego, aunque aquel solo habia avanzado un paso, y se volvió de pronto gritando:

— ¿Quién va?

— Un amigo, dijo el otro adelantándose.

— Los desconocidos no son amigos míos, repuso el ciego. ¿Qué haceis ahí?

— He visto salir á vuestro compañero, y he esperado aquí hasta que partiera. Necesito un aposento.

— ¡Un aposento á estas horas! dijo Stagg indicándole con la mano el alba como si la viera. ¿Sabeis que va á hacerse de dia muy pronto?

— Lo sé á costa mía, respondió el desconocido. He recorrido durante toda la noche esta ciudad de corazon de hierro.

— Pues os aconsejo que volvais á recorrerla, dijo el ciego preparándose á bajar, hasta que encontreis un hospedaje á vuestro gusto. Yo no alquilo cuartos á nadie.

— ¡Deteneos! gritó el desconocido cogiéndole del brazo.

— No me toqueis ó voy á romperos la antorcha en esa cara de vago, porque una cara de vago se parece á vuestra voz, y voy á despertar á toda la vecindad. Dejadme en paz. ¿Ois?

— ¿Y ois vos? repuso el desconocido haciendo sonar algunos chelines y poniéndoselos en la mano con precipitacion. No soy un mendigo; pagaré el asilo que me deis. ¡Por la muerte! ¿Es pedir demasiado á un hombre como vos? Llego del campo y deseo descansar en alguna parte al abrigo de los curiosos. Estoy débil, rendido de cansancio, muerto de hambre. Dejadme recostar como un perro delante de vuestro hogar, no os pido mas. Si quereis desembarazaros de mí, partiré mañana.

— Cuando un caballero tiene una desgracia en el camino, dijo Stagg, cediendo al otro que siguiéndole de cerca habia puesto un pié en la escalera, y puede pagar su hospedaje...

— Os daré cuanto tengo. Casualmente ahora no necesito alimento, Dios lo sabe, y solo deseo comprar un asilo. ¿Hay alguien abajo?

— Nadie.

— Pues entonces cerrad la verja, y enseñadme pronto el camino.

El ciego consintió despues de un momento de vacilacion y bajaron juntos. El diálogo habia sido muy rápido, y los dos hombres llegaron á la miserable morada de Stagg antes que este pudiera volver en sí de su primera sorpresa.

— ¿Puedo ver á dónde conduce esta puerta? preguntó el desconocido mirando en torno suyo.

— Yo mismo os lo enseñaré. Seguidme ó pasad delante, como gustéis:

El desconocido le dijo que le precediese, y á la luz de la antorcha que su guia levantaba á propósito, examinó minuciosamente las tres bodegas. Viendo que el ciego no le habia engañado y que vivia allí solo, volvió con su huésped á la primera bodega en la cual habia un buen fuego, y se tendió en el suelo, exhalando un profundo gemido.

Su huésped continuó sus ocupaciones ordinarias sin reparar en él al parecer, pero luego que quedó dormido, lo cual advirtió el ciego tan pronto como lo hubiera hecho el hombre dotado de la vista mas penetrante, se arrojó á su lado y le pasó con tiento la mano por la cara y el cuerpo.

Su sueño era interrumpido por estremecimientos y gemidos y por algunas palabras que murmuraba, y tenia los puños cerrados, las cejas fruncidas y la boca muy cerrada. Nada de esto se escapó al inventario exacto que el ciego hizo de su persona; y excitándose vivamente su curiosidad como si hubiera penetrado el secreto del desconocido, permaneció sentado vigilándole, si se puede vigilar sin ver, y escuchándole hasta que el sol envió alguno de sus rayos á la bodega.

XIX.

La cabecita de Dorotea Varden se hallaba como absorta en los diversos recuerdos del baile, y sus animados ojos deslumbrados aun por una multitud de imágenes...

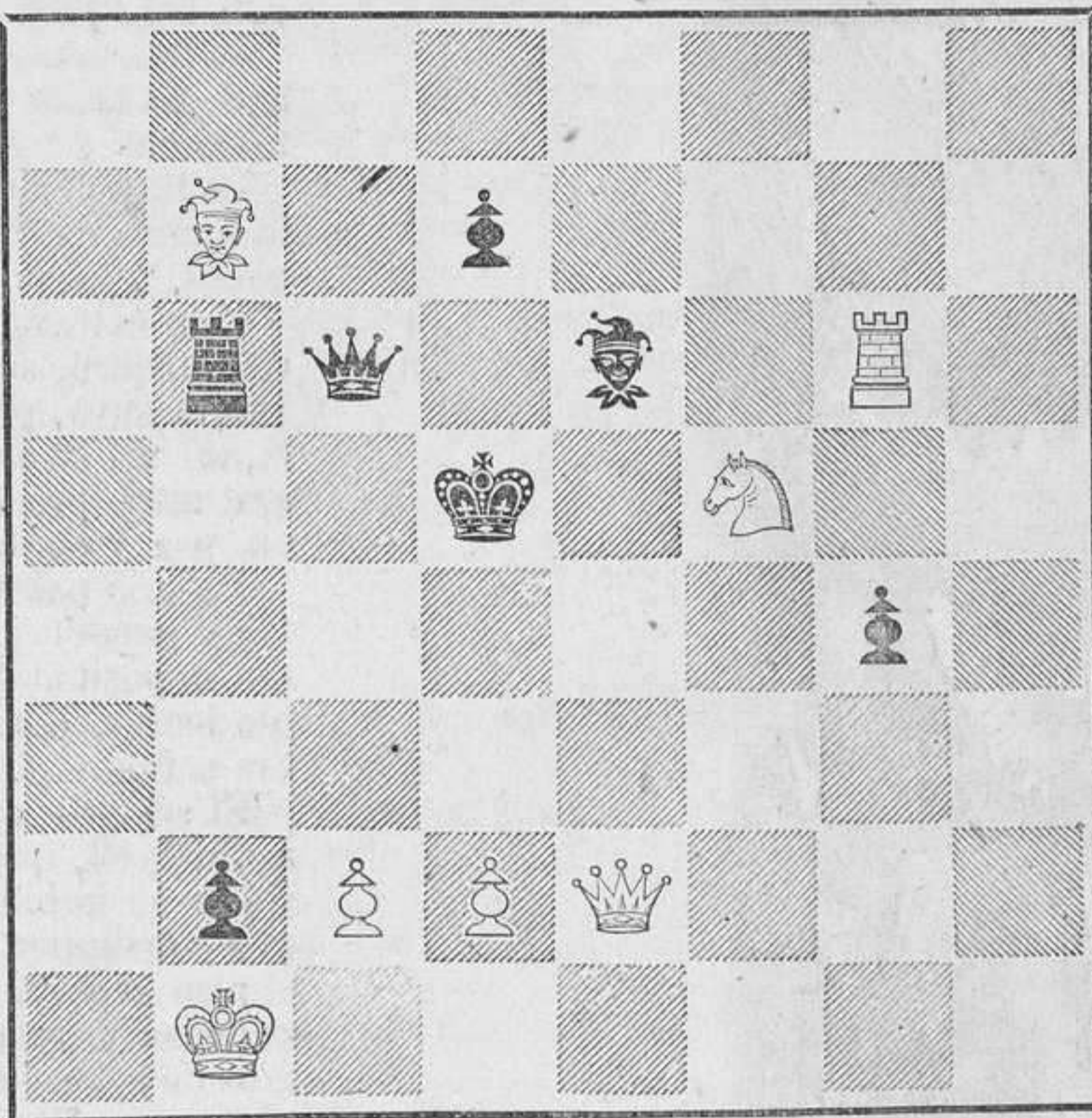
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 335

- 1 A 8ª Ra P toma P forzado
- 2 C 3ª C R toma T forzado
- 3 C 6ª C jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 336, POR M. JOLIET.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Los Editores-Proprietarios responsables,

X. DE LASSALLE y MÉLAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

nes que revoloteaban ante ella como átomos en los rayos del sol. Entre estas imágenes figuraba especialmente la efigie de uno de sus parejas, joven coebero con título de maestro, el cual la habia dicho al ofrecerla la mano para acompañarla hasta la silla de manos en el momento de partir, que su idea fija y su irrevocable resolucion era olvidar en adelante sus negocios y morir lentamente de amor por ella.

La cabeza de Dorotea, sus ojos, sus pensamientos y todos sus sentidos se hallaban, pues, en un estado de agitacion desordenada que el baile justificaba muy bien, aunque habian trascurrido ya tres dias, cuando en el momento en que sentada á la mesa durante el almuerzo y muy distraida, leia su buena ventura, esto es, magníficos casamientos y espléndidas riquezas, en el residuo de su taza de té, se oyeron pasos en la tienda y se vió al mismo tiempo por la puerta de cristales á Eduardo Chester, de pié en medio de cerrojos y llaves oxidadas como el Amor en medio de las rosas.

Esta comparacion no pertenece al historiador, porque su invencion es propiedad exclusiva de otra persona, de la czsta y modesta Miggs, la cual, al ver al joven desde la puerta, donde estaba fregando los cristales, iluminada por una feliz inspiracion, se permitió esta comparacion poética en la fe interior de su alma virginal.

El herrero, con los ojos fijos en el techo y la cabeza hácia atrás, se hallaba casualmente en aquel momento en el ardor de sus comunicaciones íntimas con Tobías, y no vió á la persona que le visitaba hasta que la señora Varden, mas vigilante que los demás, suplicó á Simon Tappertit que abriese la puerta é introdujese á aquel caballero.

Adviértase que la buena señora se aprovechó de ver á su marido descuidado y desatento para dirigirle una reprension moral sobre el mas fútil pretexto, sobre la perniciosa costumbre, por ejemplo, de echar un trago de cerveza por la mañana, costumbre irreligiosa y gentilicá, cuyas delicias debian dejarse á Satanás y á sus secretarios y horrorizar á los justos como una obra de crimen y de pecado.

Iba sin duda á extender á otro punto su sermón, y hubiera añadido una larga lista de preceptos de un valor inapreciable, si Eduardo Chester, cuya actitud era bastante violenta mientras reprendia á su marido, no la hubiese inducido á terminar bruscamente.

— Estoy segura, caballero, que me perdonareis, dijo la señora Varden levantándose y haciéndole profundas reverencias; Varden es tan atolondrado que necesita que se le recuerden sus deberes... Simon, traed una silla.

Tappertit obedeció con ademan de fiero orgullo que parecia decir que no queria negarse, pero que protestaba contra este atentado á su dignidad.

— Podeis retiraros, Simon, dijo el herrero.

Tappertit obedeció tambien, pero siempre bajo reserva de protesta; y al volver á la tienda principió formalmente á temer que se veria obligado á envenenar á su amo antes de terminar su aprendizaje.

Eduardo contestó en tanto á las reverencias de la señora Varden con los cumplidos mas adecuados.

La herrera estaba radiante de satisfaccion, y llegó al apogeo su amabilidad cuando el agraciado joven aceptó una taza de té de las hermosas manos de Dorotea.

— Si Varden ó yo y hasta la misma Dorotea podemos servirlos en alguna cosa, dijo la señora Varden, tendremos una satisfaccion en hacerlo, caballero.

— Os quedo sumamente agradecido, señora, repuso Eduardo, y me alentais á que os diga que precisamente vengo á veros para implorar vuestra benevolencia.

La herrera estaba encantada.

— Se me ha ocurrido que probablemente vuestra graciosa hija iria á la Garenne hoy ó mañana, dijo Eduardo mirando á Dorotea, y si es cierto y consentis en que se encargue de esta carta, me hariais, señora, un favor que os agradeceria en el alma. Lo cierto es que á pesar del mas vivo deseo de que mi carta llegue á su destino, tengo razones particulares para no confiarla mas que á una persona amiga, de lo cual se desprende, que sin vuestro apoyo me veria en el mayor apuro.

— No deberia ir á la Garenne, caballero, hoy ni mañana, ni aun en la próxima semana, repuso con amabilidad la herrera; pero tendremos un placer en molestarnos por vos, y si lo deseais, podeis contar con que irá hoy mismo. Tal vez supondreis, añadió la herrera mirando á su esposo con ceño, al ver á Varden sentado allí sombrío y taciturno, que trata de oponer alguna objecion á nuestro proyecto, pero os suplico que no hagais caso; es costumbre suya cuando está en casa, porque fuera de su familia siempre está muy alegre y animado.

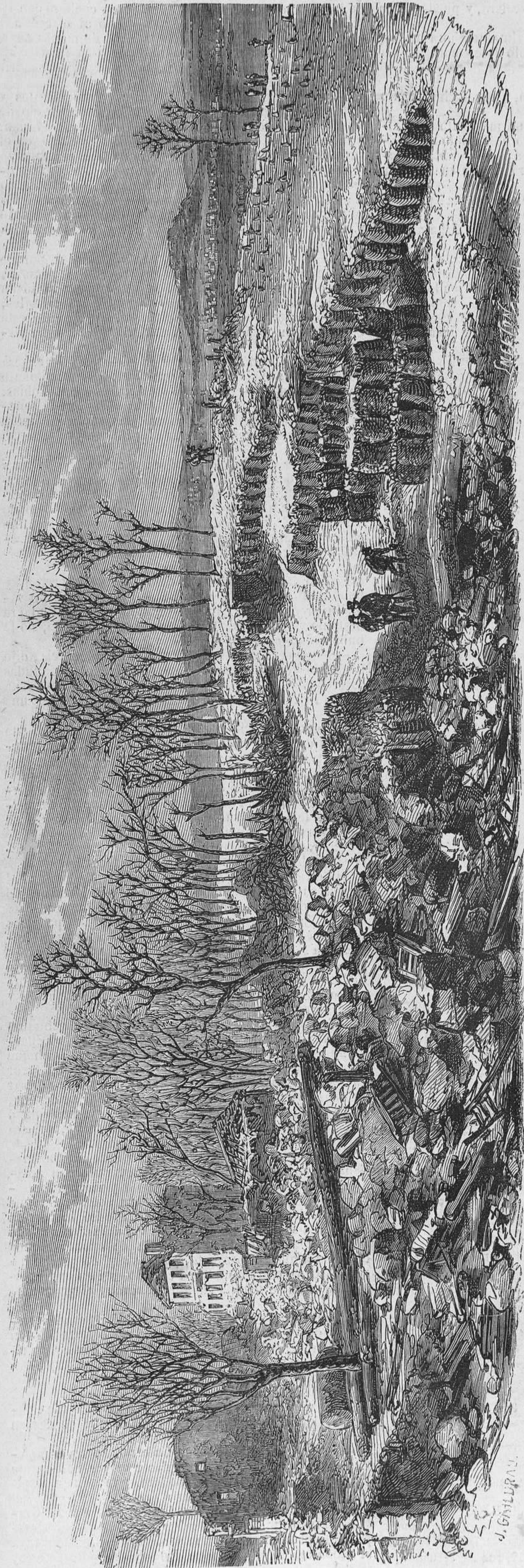
Sin embargo, es indudable que el infortunado herrero, bendiciendo su estrella al ver á su costilla de tan buen humor, habia permanecido sentado con rostro radiante de satisfaccion y de alegría, de modo que tan súbito ataque le cogió de improviso.

— ¡Querida Marta! dijo.

— Sí, muy querida, respondió la señora Varden interrumpiéndole con una sonrisa en la que el desden competia con la jovialidad.

— Pero, alma mia, estás en un error, en un completo error. Sentia el mas grato placer al ver con cuánta bondad contestabas á este caballero, y te juro que esperaba con ansiedad lo que ibas á decir.

— ¡Esperabas con ansiedad! repitió la herrera. Gracias, Varden, gracias. Esperabas, como lo haces siempre, que pudiera exponerme á alguna reprension tuya si encontrabas pretexto para dirigirmela; pero ya estoy



LAS BATERIAS PRUSIANAS DE CHATILLON. — Bateria de las Torres de Crouy.

acostumbrada, dijo la herrera con una risita de un género solemne, y esto es lo que me consuela.

— Te juro, Marta... dijo Gabriel.

— Yo también te juro, querido, dijo su mujer interrumpiéndole con una sonrisa caritativa, que cuando entre marido y mujer hay ciertas discusiones, lo mejor es zanjarlas pronto. No hablemos, pues, mas del asunto, Varden. Hubiera dicho muchas cosas, pero prefiero callar y te suplico humildemente que imites mi resignación.

— Punto en boca pues, repuso el herrero aburrido.

— No hablemos mas, dijo la señora Varden.

— Únicamente debo añadir, dijo el herrero con buen humor, que no he sido yo el que ha comenzado.

— ¡No has sido tú el que ha comenzado! exclamó su mujer abriendo desmesuradamente los ojos y mirando en torno suyo como si dijera, ¿oís lo que dice este hombre? No has comenzado, Varden, pero no dirás que estaba de mal humor. Bien... bien, no has sido tú el que ha comenzado.

— Pues pelillos á la mar, dijo el herrero, me doy por satisfecho.

— Sí, sí, repuso su mujer, te das por satisfecho. Si te conviene decir que Dorotea ha sido la que ha comenzado, no te contradiré, Varden, porque sé cuál es mi deber. Creía que tenía razón, pero tú me has probado que estaba en un error. Te doy las gracias, Varden...

Y al hablar de este modo con una poderosa demostración de humildad y clemencia, cruzó las manos, miró en torno suyo, y su sonrisa decía claramente:

— Si quereis ver la que merece ocupar el primer puesto entre las mujeres mártires, está aquí á vuestros ojos; ¡miradla!

Este pequeño incidente, aunque muy propio para poner de relieve la dulzura y la amabilidad extraordinarias de la señora Marta, era el mas adecuado para entibiar la conversación y desconcertar á todo el mundo, exceptuando á esta apreciable señora. Así pues, solo mediaron algunos monosílabos hasta que se retiró Eduardo, lo cual hizo muy pronto, dando las gracias una infinidad de veces á la dueña de la casa por su condescendencia, y diciendo al oído á Dorotea que volvería á verla el día siguiente para saber si habían contestado á su billete. Dorotea no tenía necesidad de que se lo dijera para saberlo, porque Bernabé con su Grippse había introducido en su casa la noche anterior para anunciarla la visita que recibía en aquel momento.

Gabriel acompañó á Eduardo hasta la puerta de la calle y volvió con las manos en los bolsillos. Después de pasearse por el comedor con inquietud y embarazo y de haber dirigido varias miradas oblicuas hácia su esposa, que con la fisonomía mas tranquila estaba hundida á cinco brazas de profundidad en el *Manual protestante*, interpeló á Dorotea y le preguntó cuándo pensaba ir á la Garenne. Dorotea respondió que según su suposición, iría con la diligencia, y miró á su señora madre que, viendo que le hacían un llamamiento silencioso, se abismó en el *Manual* y se aisló de todas las cosas terrenales.

— Marta, dijo el herrero.

— Te oigo, Varden, dijo su mujer sin subir á la superficie.

— Siento, querida Marta, que abrigues prevenciones contra el Maypole y el viejo Juan, porque á no ser por esto, siendo la mañana tan hermosa y no teniendo los sábados mucho trabajo, iríamos los tres á Chiquell, donde pasaríamos un día muy divertido.

La señora Varden cerró inmediatamente el *Manual*, y prorumpiendo en llanto, pidió á su hija que la acompañara á su cuarto.

— ¿Qué tienes, Marta? preguntó el herrero.

A lo cual Marta respondió:

— ¡Oh! no me hables.

Y protestó en una especie de agonía, que aunque se lo hubieran contado no lo hubiese creído.

— Pero, Marta, dijo Gabriel siguiéndola mientras se dirigía á su habitación apoyada en el hombro de Dorotea, ¿qué es lo que no hubieses creído? Dime el nuevo agravio que te he hecho, dímelo, pues te juro que no lo sé. ¿Lo sabes tú, hija mía? ¡Maldición! exclamó el herrero quitándose la peluca en un arranque de frenesí, nadie lo sabe, nadie, á no ser Miggs.

— Miggs, dijo la señora Varden con lánguido acento y con síntomas de inminente extravagancia, Miggs me es fiel, y esto basta para atraer sobre ella el odio en esta casa. Pues bien, sí, esta muchacha es un consuelo para mí, si no consigue gustar á los demás.

— No siempre es un consuelo para mí, exclamó Gabriel, á quien dió audacia la desesperación. Es la desgracia de mi vida; ella es peor que todas las plagas de Egipto.

— Hay personas que lo creen, no lo dudo, dijo la señora Varden. Me lo temía; es muy natural. Cuando me insultas cara á cara como lo haces, ¿puedo extrañar que la insultes á ella?

Y la extravagancia de la señora Varden llegó á tal extremo que lloró, rió, suspiró, se estremeció, tuvo hipo y sofocaciones, dijo que era una locura suya, pero que no podía impedirlo, y que cuando estuviera muerta, tal vez se arrepentirían de lo que la hacían padecer, añadiendo que era muy probable que la recibiera muy pronto el sepulcro, dejando en paz y contentos á sus perseguidores.

En una palabra, no olvidó ninguna de las ceremonias que acompañan tales pataletas, y haciéndose sostener hasta el extremo de la escalera, fué depositada en un estado espasmódico de los mas graves en su propio lecho, donde muy pronto se arrojó Miggs sin aliento sobre su pobre señora.

El secreto de toda esta comedia era que la señora Marta deseaba ir á Chiquell, que no quería hacer concesión alguna ni dar explicaciones y que se había propuesto no ir hasta que se lo suplicaran rendidamente. Por consiguiente, después de un total enorme de gemidos y gritos en el piso superior; después que hubieron humedecido bien la frente de la enferma y frotado sus sienes con acompañamiento de friegas y de pomos de agua de olor aplicados á las narices; después de las patéticas súplicas que Miggs apoyó con un ponche muy caliente y no muy flojo y con diversos cordiales de una virtud no menos estimulante, administrados primero con una cucharita, pero después á dosis cada vez mayores, de las que la misma Miggs tomó su parte como medida preventiva, porque el síncope es contagioso; finalmente, después de recurrir á otros remedios que sería prolijo citar, sazonados todos con consuelos morales y religiosos combinados, el herrero se humilló y se logró lo que se deseaba.

— Padre, dijo Dorotea, subid al cuarto de mi madre aunque no sea mas que por amor á la paz y á la tranquilidad.

— ¡Oh! Dorotea, Dorotea, dijo el buen herrero, si llegas á casarte...

Dorotea dirigió una mirada al espejo.

(Se continuará.)